

La mística de Jesús. Camino de santidad

RESUMEN

En el presente artículo nos proponemos explorar los elementos más destacados de la mística de Jesús. Intentaremos probar que, si vivimos nuestra experiencia de Dios siguiendo la estela de Jesús de Nazaret, entonces transitaremos por la senda de la santidad. Dejaremos que la santidad de Dios nos alcance y entre en nosotros. Algunas de las categorías teológicas presentes en este camino místico y de santificación son la humanización, la divinización, la sanación interior, la belleza existencial, las virtudes teologales o la radicalidad del Reino. Concluimos nuestras reflexiones afirmando que la mística que Jesús vivió puede y debe iluminar nuestras propias experiencias personales de encuentro con Dios. Será entonces cuando la mística cristiana plenifique realmente al individuo y transforme sorprendentemente la sociedad. Habrá llegado el momento de reconocer lo que significa ser hijos en el Hijo, ser orantes iluminados por la plegaria de Jesús y ser introducidos valientemente en el dinamismo pascual del Salvador.

PALABRAS CLAVE: Mística, Jesús, santidad, sanación, belleza, virtudes, Reino, alteridad, filiación, oración y Pascua.

ABSTRACT

In this article we propose to explore the most outstanding elements of the mysticism of Jesus. We will try to prove that, if we live our experience of God following the path of Jesus of Nazareth, then we will walk on the path of holiness. We will let the holiness of God reach us and enter into us. Some of the theological categories present in this mystical and sanctification path are humanization, divinization, inner healing, existential beauty, theological virtues or the radicality of the Kingdom. We conclude our reflections affirming that the mystique that Jesus lived can and should illuminate our own personal experiences of encounter with God.

It will be then that Christian mysticism truly fulfills the individual and surprisingly transforms society. The time has come to recognize what it means to be children in the Son, to be prayerful enlightened by the prayer of Jesus and to be courageously introduced into the Paschal dynamism of the Savior.

KEY WORDS: Mystic, Jesus, holiness, healing, beauty, virtues, Kingdom, alterity, filiation, prayer and Easter.

0. INTRODUCCIÓN

Jesús es un místico de arriba abajo, porque al mismo tiempo que es Dios, tiene una hondísima experiencia de Dios. Su propuesta mística invita a gustar y a gozar la presencia del Dios santo y santificante, que mira y remira cómo puede tornarnos a sí (Santa Teresa). La mística de Jesús, el Santo, es un camino de santidad para nosotros. Vivir su mística significa dejarnos santificar por el Espíritu donado por Él y por el Padre. Si Jesús es el hombre que está cerca de Dios, su mística nos lleva a la mayor cercanía con Dios: a la profunda comunión con el Dios trinitario. Es preciso, para esto, que vivamos haciendo en todo la voluntad del Padre, que envía a Jesús para salvarnos. Jesús es el místico del progreso religioso, pues va creciendo «*en sabiduría, en estatura y en gracia*» (Lc 2,52). Es el hombre que vive una mística hondamente intrahistórica, pues vive dentro del mundo y muy cerca de los avatares de la gente. No es un profeta de desiertos ni de soledades, aunque valora los retiros puntuales para vivir más intensamente en intimidad con su Padre.

Jesús es el místico dinámico y peregrino, cuya meta siempre está más allá de sí mismo. Es un hombre en continuo movimiento. Su misma vivencia mística le hace atravesar distintas etapas interiores, en su relación siempre misteriosa con el Padre. Es el Santo que nos santifica, para gloria de Dios. Aunque no se reduce a ser un paradigma, es cierto que su vida es modelica, y que pasa por este mundo haciendo el bien (Hch 10,38).

Jesús es el místico que nos dona su Espíritu, en orden a que nosotros crezcamos en santidad. Es, de este modo, el místico de la trascendencia y de la historia. Con sus dichos y sus hechos introduce en el espacio y en el tiempo una brisa salvadora que procede del mismísimo Dios. Este viento entra por los rincones de nuestras almas, con el objetivo de que tengamos los mismos

sentimientos del Señor (cf. Fil 2,5). Entonces su mística ya no sólo será su mística, sino que hará de nosotros hombres espirituales, santos e irrefragables ante Él por el amor (Ef 1,4).

El presente estudio pone nuestra mirada ante algunos elementos decisivos de la mística de Jesús: su verdadero entronque con la santidad, los rasgos esenciales de su propuesta espiritual, su virtualidad terapéutica, su valoración de la estética existencial, sus exigencias radicales en orden a difundir el Reino, y —finalmente— su talante de apertura, el cual prueba su autenticidad y estimula solidariamente la promoción de los otros.

1. LA SANTIDAD DE DIOS Y LA NUESTRA¹

La santidad de Dios

Dios es santo. En el catolicismo decimos, además, que es el tres veces santo. Santo es el Padre, Santo es el Hijo y Santo es el Espíritu Santo. Decir que Dios es Santo significa decir que Dios es grande, puro, infinito, lleno de gloria, perfecto, insuperable, plenamente justo y plenamente misericordioso. Decir que Dios es Santo significa, además, decir que es sagrado y sacralizante, inmenso y engrandecedor, insuperable y sublime, trascendente e inmanente al mismo tiempo. Decir que Dios es Santo significa, junto a lo anterior, decir que Dios es amor: amor puro, limpio, estable, generoso, fiel, sólido y abierto. Jesús de Nazaret, Dios y hombre como nosotros, y segunda persona de la Santísima Trinidad, es Santo y posee la santidad en grado sumo. La mística de Jesús es la mística de la santidad, porque su propuesta nos conduce a acoger en nuestras entrañas la santidad que nos viene de Dios. Si vivimos como vivió Jesús tendremos experiencia de Dios, experiencia de la santidad. Si vivimos como vivió Jesús entonces seremos santos, porque iremos caminando por la senda de la santidad. Vivir como vivió Jesús nos exige seguir e imitar a Cristo. Si aceptamos este reto entonces iremos ascendiendo y escalando progresivamente la montaña santa de Dios.

¹ Tomamos bastantes ideas de SANTIAGO ARZUBIALDE, *La vocación universal a la santidad*: Miscelánea Comillas 58 (2000) 27-84; GABINO URÍBARRI, *La mística de Jesús. Desafío y propuesta*, Ed. Sal Terrae, Santander 2017. Es evidente, además, que mucho de lo reflexionado aquí tiene su base en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, de cuya promulgación se cumplió en 2017 el 25º aniversario.

La santidad es patrimonio exclusivo de Dios; lo que ocurre es que Él comparte su santidad con nosotros. Cuando decimos «santificado sea tu nombre» deseamos el retorno a Dios de la gloria que sólo a Él le pertenece. La santidad de Dios es el hogar inaccesible de su misterio eterno (*Catecismo*, n. 2809). El Dios santo es un Dios experimentable. Es un Dios tremendo y fascinante al mismo tiempo (R. Otto). Un Dios que nos parece inalcanzable y que permanentemente nos recuerda que en el vientre purísimo de María se ha convertido en nuestro Emmanuel (Dios con nosotros). Es el Dios «totalmente Otro» y «totalmente Santo», que está más allá de nuestros pensamientos, de nuestras previsiones, y de nuestros cálculos limitados. El Dios santo, sin perder nada de su santidad, ofrece su santidad generosamente a todos. Es el Dios que nos atrae, para enriquecernos con todo lo suyo.

Es el Dios que se encuentra en el templo y que no sólo se encuentra en el templo. Es el Dios buscado en los claustros de los monasterios contemplativos y el Dios encontrado en las periferias existenciales y en las indigencias humanas. Es el Dios pleno y plenificante que sale al encuentro de los sufrientes de este mundo, de los que —por no pactar con la mediocridad— se ven obligados a vivir en la soledad. Es el Dios de los que siguen esperando, superando así lo que les lleva a desesperar. El Dios rico que eleva la dignidad de los pobres. El Dios bueno que purifica las manchas de los malos. Así es el Dios de los cristianos, el Dios cuyo rostro hallamos en el rostro (*vultus*) de Jesús de Nazaret. Y es que nuestro Dios tiene un cariño especial por lo que se ha perdido. Aquí encuentra el Dios santo su predilección: en la oveja perdida, en la moneda perdida, y en el hijo perdido (parábolas evangélicas [Lc 15,1-10; Lc 15,8-10; Lc 15,11-32]).

La santidad de Dios es solamente suya, porque es divina, infinita, trascendente e insuperable. Es una santidad que, como la gloria, sólo a Él le pertenece en estricto sentido. Es la santidad plenamente luminosa, que se desborda en el amor generoso que quiere salvar a todos los hombres (cf. 1 Tim 2,4). Es la santidad que hace de este mundo un mundo nuevo (cf. Ap 21,5) y que eleva nuestra mirada para que nos fijemos en el que está más allá de las cosas de este mundo. El Dios Santo es el único que ha de ser adorado. Esto nos exige superar cualquier tipo de idolatría (becerro de oro [Éx 32]), de apego o de dependencia. Él es el único salvador del mundo, y el único santificador de los seres humanos. Dios Padre, mediante el Hijo y el Espíritu, quie-

re compartir su santidad con nosotros. La vocación última del hombre es realmente una sola, es decir, la vocación divina (GS 22). Estamos destinados a llegar a Dios, acogiendo su santidad. Es Dios mismo, el Dios santo, el que nos exhorta a nosotros a ser santos como Él. Ya en el libro del Lev 19,2 nos pide: «debéis ser santos porque yo soy santo». Él es el que nos santifica y el que nos guarda en su nombre (cf. Jn 17), para que seamos santos. Si el Dios santo es el Dios amor (1 Jn), esto significa que Él quiere que nosotros sigamos el inagotable dinamismo del amor. Entonces «seremos como» Él, viviremos siguiendo la misma lógica de la santidad divina. El Dios santo anhela que le transparentemos, que seamos un reflejo viviente de su proceder santo. Es el Dios creador (Gn 1) que nos recrea, y el Dios humilde que nos ensalza. Sí: estamos ante el Dios santo que es al mismo tiempo completamente cercano. Es el Dios que manifiesta su grandeza perdonando, abajándose kenóticamente para elevar al hombre a lo más alto de sus posibilidades antropológicas.

Es el Dios misericordiosamente justo y justamente misericordioso, cuyo único deseo profundo es que vivamos siempre en íntima comunión con Él y con los hermanos. Es el Dios cuya santidad han experimentado los místicos de ayer y de hoy. Es el Dios completamente simple, que abraza lo múltiple de todo el universo, y que ofrece a los hombres el don de la bondad, la unidad, la verdad y la belleza; de esta manera Dios le ayuda al hombre a que se trascienda a sí mismo, venciendo las tentaciones de la autorreferencialidad, de la voluntad de poder y del superhombre nietzscheano.

Nuestra santidad

Y si la anterior es la santidad de Dios, ¿cuál es nuestra santidad? La santidad nuestra consiste en acoger la santidad que nos viene de Dios. Ni más ni menos. Supone vivir un proceso de vaciamiento antropológico (San Juan de la Cruz, y su propuesta de las nadas [1*Subida* 13,11-12]), en orden a hacerle sitio al Dios santo que anhela vivir en todo nuestro ser. Estamos llamados constitutivamente a la total pertenencia a Dios. Nuestra santidad pasa por vaciarnos plenamente de nosotros mismos, de manera que progresivamente podamos indicar con San Pablo aquello de «ya no soy yo; es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20). Nuestra santidad consiste en vivir un proceso de huma-

nización plena, completa, oblativa, siguiendo la propuesta de la Karl Rahner, para el cual «ser hombre es entregarse». No podemos ser santos si no nos entregamos, si no superamos el egoísmo-yoísmo. Si somos santos, según Rahner, viviremos según «la mística de la alegría del mundo».

La santidad es la auténtica vocación cristiana. Nos lleva a dar lo mejor de nosotros mismos (S. Arzubialde), y no sólo unas migajas. Hoy hay dos dificultades en occidente para hablar de santidad. Por un lado se entiende desde un marcado carácter voluntarista; por otro, hoy en occidente se ha bajado mucho el listón ético y moral. En el Concilio Vaticano II la llamada a la santidad es algo para todos. Posee un carácter irrestricto y universal (GS 39). Hay que tomarse en serio la santidad, porque si somos santos, seremos ejemplos para los demás.

La santidad en el hombre puede ser vista desde dos ángulos que son complementarios. El 1º es el ángulo teológico, y se inspira en el evangelio de Lucas. Aquí la santidad (*qâdos*) aparece como atributo exclusivamente divino. Se habla de la trascendencia de Dios y de su actuar salvífico y amoroso. El 2º es el antropológico, moralista y parenético. Según esta perspectiva el hombre debe tender a la perfección, la cual consistiría en asemejarse a Dios mediante el ejercicio del amor. Los dos ángulos aparecen en la Escritura (Lc 6,36; Mt 5,48), aunque nosotros preferimos el 1º, porque nos parece más cercano a la cosmovisión de los místicos.

La experiencia mística es una experiencia personal e individual que, en el caso de los cristianos católicos, se vive en el seno de la comunidad eclesial. Esto mismo ocurre con el crecimiento en santidad: es algo personal que se experimenta en el seno de la Iglesia. Ser santo exige la auto-entrega de todo el ser, como respuesta a tanto bien recibido de Dios (San Ignacio). Esto pide no huir nunca de la propia finitud, lo cual sería un espejismo. No estamos ante un conato voluntarista de apoderarse, mediante el solo esfuerzo, del fuego sagrado. Crecer en santidad nos pide salir de nosotros mismos, siguiendo la dinámica propia del amor (éxtasis). Y es que la santidad hay que entenderla desde las relaciones gratuitas, propias del amor.

No hemos de caer en una incorrecta comprensión de la santidad, según la cual a ésta se llegaría mediante una falsa justicia. La verdadera santidad es un don gratuito de Dios, que para ser recibido —eso sí— pide nuestro justo vivir y nuestra propia

responsabilidad. Es Jesús el que santifica a la persona individual y a toda la Iglesia, haciéndola participe de su relación con el Padre². Esto acontece mediante el don del Espíritu, que ha de ser recibido dócilmente por el hombre y la mujer que quieren ser santos. Estamos ante la santidad que posee un carácter netamente evolutivo, que nos lleva a vivir en el Espíritu y en la Verdad, y cuyo origen está en la recepción del sello de la unción en el sacramento del bautismo (Ef 1,13). Gracias a la dinámica de la santificación vamos interiorizando en nosotros la Verdad (que es Cristo), por la obra efficacísima del Espíritu Santo, que actúa en nosotros. Entonces el esplendor de la gloria divina brilla con luz propia en la fragilidad desvalida de nuestra carne. Entonces somos elevados, por el Espíritu, a la infinitud divina, proceso que coincide con la plenificación de todo el ser humano.

En nuestra cultura hemos de superar la *óptica helenística* a la hora de comprender la santidad. Según esta óptica se llega a la santidad sólo mediante el ejercicio de las virtudes, mediante el deseo de auto-superación constante, mediante el dar de sí lo mejor, a través del comulgar con las normas objetivas. Aquí se acentúa lo que el hombre puede y debe hacer... El riesgo de esta visión de la santidad es la polarización en un voluntarismo de corte pelagiano, tan fustigado por San Agustín. Es preferible la *óptica semita*, que me parece más próxima a la conciencia mística. Aquí se subraya la trascendencia divina, y el proceder misericordioso de Dios. El hombre se entiende como vinculado a Dios, mediante una alianza de comunión. Ser santo significa, ante todo, vivir desde esta alianza de amor, valorando las consecuencias existenciales de la misma.

La santidad que nos pide vivir la mística de Jesús significa, a fin de cuentas, responder agradecidamente a tanto don recibido de parte del Padre. Ser santo significa crecer en el amor, hasta dar la vida por amor, porque nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos (Jn 15,13). Crecer en el amor es acoger el don de Dios en medio de nuestro desvalimiento. En el *Catecismo de la Iglesia Católica*³ se nos

2 Es cierto que la santidad posee, además de su carácter individual, una dimensión comunitaria; por eso decimos que el cuerpo de Cristo es formado y santificado totalmente por la unción del Espíritu.

3 Acudimos a la versión digital del mismo en www.vatican.va/archi-ve/catechism/ Consulta: 26.10.2017.

ofrecen unas notas complementarias a todo lo que venimos apuntando⁴.

2. LA PROPUESTA MÍSTICA DE JESÚS DE NAZARET: LOS RASGOS ESENCIALES⁵

Veamos, ahora, los rasgos esenciales de la mística de Jesús.

— *Ejemplaridad*. De Jesús, el hombre ejemplar, se decía que «todo lo ha hecho bien» (Mc 7,37). Jesús quiere que seamos ejemplares. La relación con Dios es el centro de la mística de Jesús, y esto se nota en su relación con los demás. Relacionar-

4 Se nos dice en el *Catecismo* que la caridad es el alma de toda santidad (n. 826) y que la santidad pasa por la cruz, ya que no hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual (n. 2015). La santidad el cristiano siempre la alcanza en unión con su Salvador (n. 1709), sabiendo que la santidad nos capacita para entrar en la alegría del cielo (n. 1030). El Verbo es nuestro modelo de santidad, y por eso Él mismo dice en Mt 11,29: «Tomad vosotros mi yugo, y aprended de mí» (n. 459). El mismo Jesús nos da ejemplo de santidad en la vida cotidiana y también en el trabajo (n. 564); este ejemplo para vivir santamente también lo encontramos en la Iglesia (n. 2030). La Iglesia, a su vez, aumenta, crece y se desarrolla por la santidad de sus fieles (n. 2045 y LG 39). Es verdad que la Iglesia, ya en la tierra, se caracteriza por una verdadera santidad, aunque todavía imperfecta (n. 670, LG 48). En los miembros de la Iglesia la santidad perfecta está todavía por alcanzar (n. 825). La Iglesia también ha sido hecha santificadora, ya que es en ella donde conseguimos la santidad por la gracia de Dios (n. 824, LG 48). La Iglesia es santa y Dios santísimo es su autor; Cristo, su Esposo, se entregó por ella para santificarla; el Espíritu de santidad la vivifica. En sus santos brilla la santidad, y en María es ya la enteramente santa (n. 867). La santidad de la Iglesia se fomenta de manera especial con los múltiples consejos que el Señor propone en el Evangelio a sus discípulos para que los practiquen (n. 1986). La realidad de la santidad nos pide también hablar de la comunión de los santos. En ella existe entre los fieles, tanto entre quienes ya son bienaventurados como entre los que expían en el purgatorio o los que peregrinan todavía en la tierra, un constante vínculo de amor y un abundante intercambio de todos los bienes. La santidad de uno aprovecha a los otros (n. 1475). La santidad de la Iglesia es el secreto manantial y la medida infalible de su laboriosidad apostólica y de su ímpetu misionero; ella reconoce y propone a los santos como modelos e intercesores para la santificación de los fieles (cf. n. 828). Entre ellos, María fue enriquecida desde el primer instante de su concepción de una resplandeciente santidad del todo singular, que le viene toda de Cristo (n. 492).

5 Nos inspiramos ampliamente en GABINO URÍBARRI, *La mística de Jesús. Desafío y propuesta*, Ed. Sal Terrae, Santander 2017 (a la hora de desarrollar los 4 primeros puntos de este apartado). También acudimos a WALTER J. CISZEK, *Caminando por valles oscuros. Memorias de un jesuita en el Gulag*, Ed. Palabra/Arcaduz, Madrid 2016² (a la hora de abordar los 2 últimos puntos).

se con Dios, tener experiencia de Dios... Aquí la mística de Jesús queda alineada con la mejor mística española, la del s. XVI (Juan de la Cruz, Teresa de Ávila, Ignacio de Loyola y Francisco Javier). Vivir la experiencia de Dios, lo cual lleva a que tengamos una vida ejemplar, nos exige estar penetrados del Espíritu Santo de Dios. Esto en Jesús ocurrió en un grado eminente. Y nosotros creemos que este mismo Espíritu que se posó sobre Jesús es el que viene también a nosotros, a transformarnos en nuevas creaturas. Hoy en día un filósofo español (Javier Gomá, Bilbao 1965) habla mucho del tema de la ejemplaridad. Ahí está su *Tetralogía de la ejemplaridad* para invitarnos a vivir ejemplarmente, para alcanzar una vida digna y bella. La mística de Jesús nos ayuda a ser como luces ejemplares en medio de ciudades en las que no falta la corrupción. En este sentido, un místico que sigue al místico Jesús debiera ser hoy, un signo ejemplar, luminoso y contracultural. Al mismo tiempo, si en Jesús se da una mística propia, entonces esta mística ha de ser necesariamente el foco de inspiración esencial para todos los cristianos. La mística de Jesús ha de ser ejemplar para todas las místicas cristianas que vengan detrás. En GS 22 se nos asegura que Cristo, padeciendo por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos y, además, abrió el camino, con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren de nuevo sentido. El camino de Jesús y el camino de su mística es el modelo y el ejemplo para el camino nuestro, y para el camino de nuestra mística.

— *Humanización*. Estamos ante un místico plenamente humano. Es un místico que sirve de modelo para los humanos. Nos invita a ser hombres para los demás, y nos humaniza. Jesús es un místico en medio del mundo. No está lejos de la realidad. La suya no es la mística de Juan el bautista, que prefería los desiertos y se vestía con pelos de camello, con un cinturón de cuero a sus lomos, y que comía langostas y miel silvestre (cf. Mt 3,4). Jesús es un profeta de gentes y no un profeta de desiertos. Enseña que para ser plenamente humano se exige la expropiación del yo para alcanzar así la autoafirmación. Sus encuentros son personalizadores. Se encuentra con cada uno. Jesús brinda la *salus* (salud – salvación). Su misión es anunciar el Reino y denunciar con parresía lo que va contra este Reino. *Gaudium et spes* 22: «en realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado». Ya el III Concilio de Constantinopla ratificó la defensa de la integridad de la naturaleza humana de Jesucristo; defendió la presencia de una

voluntad propiamente humana en Jesucristo, según se lee en DH 555-556. Dicho en síntesis: Cristo fue plenamente un hombre como nosotros, lo cual significa que su humanidad fue creciendo en espiritualización, en plenificación, en perfeccionamiento y en consumación gracias a la obra del Espíritu (Teodoro de Mopsuestia, *Homilías catequéticas*). Su mística es una mística de la progresión, de la maduración, del crecimiento paulatino (Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*). El Espíritu se va acostumbrando a la humanidad de Jesús, como paso previo para poder transformar la nuestra, tras el don grande del Resucitado a la humanidad (Miyako Namikawa, *Paciencia para madurar*). Cristo hombre se acerca a Dios sabiendo que la creación gime con dolores de parto (Rom 8, 19ss). Si nos acercamos junto con Él a Dios experimentaremos la consolación para esos dolores. La maduración completa de la humanidad (según la mística de Jesús) se efectuará en el más allá, y será una consumación escatológica, tal y como defiende W. Kasper (*Espíritu, Cristo, Iglesia*). Cristo hombre nos enseña a vivir místicamente en nuestra humanidad propia, marcada por una serie de signos: tomar decisiones, cometer omisiones, pasar por encuentros y desencuentros, asumir sufrimientos y decepciones, tener aciertos y éxitos, fracasos y desengaños, opciones y deseos, relaciones de distinto tipo... Cristo, el místico, nos enseña a vivir la mística tanto en la esfera privada como en el ágora pública. Nos capacita para discernir lo que nos une de lo que nos separa de la verdadera comunión con Dios. Es deseable que tengamos los mismos sentimientos de Cristo Jesús (Flp 2,1-11) para alcanzar (a nuestro nivel) la comunión que Él tuvo con el Padre. Y es que toda mística cristiana ha de caminar tras la huellas de Cristo; ha de imitar a Cristo, promoviendo el conformarse con Él, gracias a la fuerza y al don del Espíritu, para gloria y alabanza del Padre. Entonces la mística será una mística humanizadora.

— *Divinización*. Ya desde antiguo los hombres escucharon aquello de «seréis como dioses» (Gén 3,5). El demonio hace esta promesa a Adán y a Eva, si es que comen del árbol prohibido. Jesús sabe que Dios quiere divinizarnos, lo que ocurre es que el proceso a seguir difiere diametralmente del propuesto por el demonio a nuestros primeros padres. La «*theosis*» o la «*theopoiesis*» es un proceso posible gracias a la gracia de Dios. Significa ser divinizados, dejar que la vida de Dios entre en nosotros y nos quite la sed interior (como la sed de la mujer samaritana socorrida por el Señor junto al pozo, en Sicar [Jn 4,1-43]). La

divinización supone una profunda unión con Dios; y si la unión con Dios es verdadera, ésta nunca se pierde. Incluso en la adversidad y en la cruz, Jesús nos propone seguir manteniendo nuestra unión con Dios. La muerte no podrá destruir esta unión con Él, y por eso su pervivencia quedará rubricada después en la resurrección. La divinización es lo que persigue la mística cristiana, ya desde San Gregorio de Nisa (*De vita Moysis*) y antes. Esta divinización es llevada a cabo gracias al Espíritu que da vida (1 Cor 15,45), por lo que podemos colegir que la divinización es ciertamente una «pneumatización». La mística de Jesús ofrece la divinización, para que la vida de Dios esté en nosotros. Gracias al poder divino, que nos concede todo lo que conduce a la vida y a la piedad, podemos ser partícipes de la naturaleza divina (2 Pe 1,3-4). Aquí está el máximo logro de un ser humano, su mejor plenitud personal. Aquí está lo más excelso, elevado y maravilloso que pueda pensarse: ser como Dios, aún sin dejar de ser humanos. Alcanzar la divinización, desde la propuesta mística de Jesús, nos exige superar la afirmación prometeica del yo. Nos pide superar la lógica pelagiana del superhombre de Nietzsche, que cree que tiene entre sus solas manos la llave de su salvación. Creer en la divinización que Cristo nos brinda significa creer también que no perdemos nuestra identidad en el proceso de divinización. No nos disolvemos en nada, ni caemos en la impersonalidad. No somos liquidados por fuerzas supraterrrenales, sino que somos abrazados por el que es nuestro Dios y Salvador. Entonces la imagen de Dios que llevamos dentro desarrolla todo su potencial de semejanza (Gn 1,26-27). Somos religados a Dios (X. Zubiri) y transformados por Dios en creaturas divinizadas. Aquí está nuestra dicha mejor. Nuestra debilidad no es obstáculo para la divinización, sino más bien requisito de la misma, pues la fuerza de Dios se muestra perfecta en la debilidad (2 Cor 12,9). Es cierto que cuando uno es divinizado alcanza la mejor estabilidad, la imperturbabilidad, la paz, la armonía interior, la unificación de todas las fuerzas de su ser, la mejor comunión con Dios, con los demás y consigo mismo. Sin dejar de ser hombre, el hombre está penetrado del Espíritu de Dios. Es una nueva criatura. En él lo viejo ha pasado y lo nuevo ha comenzado (2 Cor 5,17).

—*Autenticidad*. Jesucristo es la Verdad (Jn 14,6). Vive desde la verdad, desde su identidad propia, y desde sus imágenes de Dios. Esto le genera conflictos. Las imágenes de Dios que tiene Jesús quedan muy bien condensadas en los capítulos 15

y 19 de San Lucas: «el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido». Jesús no pierde su identidad ni su autenticidad al relacionarse con los pecadores. Viene a salvarlos, porque «no necesitan de médico los sanos, sino los enfermos» (Mc 2,17). Algunas personas ven esta práctica de Jesús como una blasfemia, como una profanación del núcleo de la religión. Y esto le genera a Jesús un conflicto. Conflicto con los que creen en otro Dios distinto al Dios en el que Él cree. La mística de Jesús, por esta razón, es una mística combativa, capaz de afrontar el conflicto. No busca el combate por ser una mística genéticamente antisistema, pero tampoco lo evade si es necesario afrontarlo. Y es que la imagen de Dios de Jesús chocaba con las imágenes de Dios de otras personas (ahí están los escribas, los fariseos, los de corazón endurecido...). Eso sí: Jesús no emplea la violencia para defender su imagen de Dios... Él propuso y no impuso. Nunca obligó a nadie a estar de acuerdo con Él. La imagen de Dios es importante para cada uno, porque de ella se deriva una antropología y también una sociología concreta. Dime cómo es el Dios en el que crees y te diré cómo es el hombre en el que crees, y cómo es la sociedad con la que sueñas. También hoy, en este mundo líquido (Z. Bauman), los cristianos tendremos que afrontar conflictos si es que queremos ser fieles al místico Jesús. Hemos de estar preparados para defendernos y también para luchar frente a aquellos que no buscan la voluntad de Dios. Para ellos hemos de ser sal y luz (Mt 5,13ss). Jesús tuvo conflictos con los fariseos, a causa del tema de la Ley. Jesús tuvo conflictos con los saduceos, a causa del tema del Templo. Esto significa que también a nosotros nos tocará lidiar con conflictos de distinto género, si es que somos verdaderamente seguidores del Señor Jesús. Nos llegarán, como a Él, dificultades, obstáculos. Hemos de ser siempre hombres y mujeres de conciencia, fieles a Dios, con pureza de intención, capaces de sufrir por el bien y la verdad. Hemos de desenmascarar idolatrías, sin traicionar a Dios y sin caer en el odio que desea aniquilar a los que cometen errores. Buscar la autenticidad de Jesús y con Jesús no ha de llevarnos a creernos superiores a los demás. Antes bien, ha de llevarnos a detectar falsas imágenes de Dios para convencer a los hermanos de lo nocivo que supone el seguirlas.

—*Trabajo*. La mística de Jesús nos invita a la colaboración con el plan de Dios. Esto se logra mediante el trabajo. La lección del trabajo la aprendemos con Jesús en Nazaret. Nazaret

es la casa del «Hijo del Artesano». Aquí aprendemos la austera y redentora ley del trabajo humano (*Catecismo*, 533). En el trabajo la persona ejerce y aplica una parte de las capacidades inscritas en su naturaleza. El valor primordial del trabajo pertenece al hombre mismo, que es su autor y su destinatario. El trabajo es para el hombre y no el hombre para el trabajo (*Catecismo*, 2428). El trabajo para Jesús posee una dignidad en sí mismo. El propio ejemplo de Jesús trabajando nos habla de su dignidad intrínseca. No se trata de caer en el activismo, sino de trabajar para ganarse el pan. Dice San Pablo que el que no trabaje que no coma (2 Tes 3,10). Los treinta años de vida oculta y escondida de Jesús nos enseñan que el trabajo ha de ser una actividad discreta. En estos años Jesús iba creciendo en sabiduría, estatura y gracia ante Dios y ante los hombres (Lc 2,52). Son años en los que aprendemos, con Jesús, la lección del silencio, la vida familiar y el trabajo (Pablo VI, 05.01.1964). Trabajar, como Jesús y junto a Jesús, nos persuade de que la mística de Jesús es la mística de la responsabilidad, alejada del quietismo (Miguel de Molinos es apresado en 1685). El hombre ha de ganarse su sustento y el de su familia «con el sudor de su frente» (Gén 3,19), lo cual implica la necesidad del esfuerzo para ganarse la vida a los ojos de Dios y de los hombres. Si en algunos momentos el hombre careciera de otros estímulos a la hora de trabajar, ha de saber —al menos— que mediante el trabajo hecho con amor ofrece a Dios algo agradable a sus ojos. El trabajo exige sacrificio, y Cristo nos brinda ciertamente un ejemplo de vida habitualmente sacrificada por el bien de los demás. Jesús nos enseña que hay que trabajar para vivir, y que además el trabajo tiene algo de ennoblecedor. El trabajo es lo que Dios quiere de nosotros, y el saber que estamos cumpliendo su voluntad cuando trabajamos es suficiente para impulsarnos a seguir trabajando. A través del trabajo nos vamos ganando la salvación con temor y temblor. El trabajo nos llega de las manos de Dios mismo (Walter J. Cizek, *Caminando por valles oscuros. Memorias de un jesuita en el gulag*). Cuando trabajamos hemos de estar convencidos de que esto es lo que Dios quiere de nosotros. Así vivimos para los demás, esforzándonos por el bien común, como hizo Jesús. Hemos de esforzarnos al máximo cada día. Así participamos en la obra creadora de Dios, cooperando por el bien de toda la humanidad. El trabajo, en sí mismo, es digno de lo mejor del hombre, igual que fue digno del mismo Dios. El trabajo más sencillo y menos brillante es una participación en la obra divina de la creación y la redención. Las cir-

cunstances de cada día hemos de verlas como venidas de las manos de Dios; en medio de ellas hemos de trabajar nosotros, ofreciendo a Dios lo que encontramos y mejorándolo con nuestro esfuerzo y con la gracia de Dios. Hemos de trabajar como hubiera hecho Cristo si hubiera estado en nuestro lugar. Hacer lo mejor que podamos, poniendo siempre más amor en las manos.

— *Libertad*. Hablar de la libertad en la mística de Jesús nos lleva a reconocer la subordinación antropológica ante Dios. El Jesús hombre también estuvo durante toda su vida subordinado al Padre, porque vino a este mundo a cumplir su voluntad (Lc 22,42). Ante Dios caemos en la cuenta de la verdadera medida del hombre, de su verdadera magnitud existencial. Si queremos alcanzar la libertad, reconozcamos que sólo la Verdad nos hace libres (Jn 8,31-38). Sólo un hombre que sabe que depende enteramente de Dios puede alcanzar la libertad. Estamos ante la libertad que va trayendo, poco a poco, la salvación a todos los hombres y a todo el hombre. El hombre quiere una salvación plena, rápida e intramundana: quiere la salvación ya, aquí y ahora. Y la mística de Jesús nos convence de que estas cosas van poco a poco. La maduración de la libertad no acontece de la noche a la mañana. Exige superar —con el auxilio de la gracia de Dios— todos los libertinajes. Jesús nos enseña a ser totalmente libres, incluso en las condiciones más extremas. Indica W. J. Cizek que «al cuerpo se le puede encerrar, pero nada es capaz de destruir la libertad más profunda del hombre, la libertad del alma, como tampoco la libertad de la inteligencia y la voluntad»; «incluso en prisión un hombre puede elegir entre obrar bien o mal, entre luchar por sobrevivir o desesperar, entre servir a Dios y a los demás o replegarse dentro de sí mismo» (*Caminado por valles oscuros*, 195). La mística de Jesús nos enseña que la libertad crece cuando dejamos que Dios entre en ella, porque —en verdad— «la libertad de ningún hombre es absoluta» (*Caminado por valles oscuros*, 197). Dependemos de Dios: podemos elegir amarle y servirle a Él, o hacer todo lo contrario. Y es que «solo el hombre puede elegir libremente no servir a su Creador» (*Caminando*, 197). El mayor sentimiento de libertad se consigue cuando se renuncia totalmente a la libertad para cumplir la voluntad de Dios. Con Él llega la paz del alma y un constante sentimiento de seguridad. Hemos de dejar obrar a Dios en el alma, sin poner obstáculos. Dice W. Cizek: «la libertad más plena que he conocido nunca, el mayor sentimiento de

seguridad, han procedido de la renuncia a mi libertad para cumplir únicamente la voluntad de Dios» (*Caminando*, 198). Esto exige saber que todo procede de Dios, y que todo sirve a su divina providencia. Crecer en libertad supone aceptar y abrirse a la voluntad divina, más que dirigirse por una estrategia planificada o un método calculado. Crecer en libertad, junto al místico Jesús, nos invita a vivir como Él vivió. Esto nos impele a luchar por acabar con toda voluntad propia, por aceptar la voluntad de Dios, manifestada en las circunstancias de la vida diaria. Aquí está el camino más seguro para crecer en la conformidad con la voluntad divina (*Caminando*, 199). Aceptar lo que venga o lo que suceda como voluntad de Dios, sea cual sea su precio espiritual, psíquico o físico, es el camino más rápido y seguro hacia una libertad del alma y del espíritu que supera toda comprensión y toda explicación (*Caminando*, 200). Jesús nos invita a ser «libres de» y a ser «libres para». Ésta es su mística. Una mística que nos habilita, mediante la *gratia Christi*, para romper cadenas y para superar esclavitudes y dependencias afectivas malsanas. Una mística que nos estimula para orientar todo lo que somos y tenemos para gloria de Dios y servicio a los hermanos.

3. LA MÍSTICA DE LA SANACIÓN: CURAR LAS ENFERMEDADES ESPIRITUALES⁶

Un hombre místico es un hombre que tiene experiencia de Dios. Tener experiencia de Dios significa tener contacto con el que es la plenitud del ser, la plenitud de la vida, la plenitud de la santidad y la plenitud de la salvación. Jesús, Dios y hombre verdadero, es el hombre pleno que nos trae la plenitud. Cuando Jesús se acerca a nosotros descubre la falta de plenitud que hay en nosotros. Jesús capta nuestras enfermedades y, ya que es todopoderoso, nos brinda la *salus* (que es salud y salvación, al mismo tiempo). El verbo griego *therapeuo* significa sanar, y podemos colegir que Jesús es el gran Terapeuta para nosotros. Es nuestro terapeuta, nuestro sanador, nuestro médico insuperable. Así como él es capaz de sanar las enfermedades de los

6 Vamos a desarrollar este apartado haciendo nuestras las resonancias de FERNANDO RIVAS REBAQUE, *Terapia de las enfermedades espirituales en los Padres de la Iglesia*, Ed. San Pablo, Madrid 2008. Acudimos especialmente a las páginas 15-27, 75ss., 87 a 152 y 162ss.

cuerpos, también es capaz de sanar las enfermedades de los espíritus. Jesús cura nuestras enfermedades espirituales.

Cristo sanador

Jesús es capaz de sanar nuestros espíritus, nuestros mundos interiores, porque ha sido ungido por el Espíritu Santo. Dios está con Él (Hch 10,38). Esto le capacita para sanar a los oprimidos, y para sanar de toda enfermedad y de toda dolencia (Mt 9,35). La mística de Jesús nos conduce a experimentar la sanación de todos nuestros males. Es más: si dejamos que el Espíritu de Jesús entre en nuestro interior, entonces nosotros seremos capaces de sanar a los demás. Hemos de realizar esta tarea desde los parámetros de la gratuidad: puesto que gratis lo habéis recibido, dadlo gratis (Mt 10,8). Tener experiencia de Dios supone tener un contacto directo con la fuente de la vida. Dios, que es la fuente de la vida, tiene poder sobre todas las enfermedades, que en la Biblia aparecen frecuentemente asociadas al influjo de los «espíritus inmundos» (Hch 8,7). La mística de Jesús, entonces, nos lleva a la vivencia de un profundo y radical saneamiento interior. Asegura el autor del sal. 103,3 que «Él sana todas tus dolencias». Una experiencia religiosa que se deja tocar por Jesús recibe este tipo de sanación. Es más: de forma misteriosa, los sufrimientos del mismo Jesús son sanadores para nosotros, pues como se nos indica en Is 53,5, «por sus llagas hemos sido curados».

Recobrar la salud junto al místico Jesús supone vivir una inolvidable liberación interior. Nos convence Lc 13,11 ss. de que «el enemigo ata con el espíritu de la enfermedad». Pues bien: lo que Jesús hace, precisamente, es venir a desatarnos. Dios, en efecto, tiene poder para alejarnos de lo que nos hace daño, pues en Él se cumple el mensaje de Éx 23,25, según el cual Dios aparta de nosotros las enfermedades. Algo necesario para recobrar la salud espiritual es pedirle dicha salud a Jesús. En este proceso es insustituible la fe. Dice el Señor en Jn 14,14: «si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré». Pidámosle a Jesús que sane todas nuestras enfermedades espirituales, y estemos convencidos de que Él lo hará. El verbo «*sôtsô*» y el sustantivo «*sôtêria*» no sólo significan librar o sacar de un peligro. Significan también salvar y curar. El mismo nombre de Jesús significa «Yahveh salva». Jesús se presenta a sí mismo como sanador, y genera salud allí donde se encuentra. En Mt 8,16-17 se

ve que le llevan endemoniados y que cura a todos los enfermos. Según Isaías Él toma nuestras flaquezas y carga con nuestras enfermedades. En Lc 4,18-23 Jesús asegura que el Espíritu del Señor está sobre Él, porque le ha ungido para proclamar la liberación a los cautivos, dar vista a los ciegos, liberar a los oprimidos, y proclamar el año de gracia del Señor. Cuando Cristo ofrece la salud lo que hace es ofrecer la salvación de Dios. Evidencia que el Reino de Dios ya está entre nosotros, tal y como lo muestran sus milagros.

Lo fundamental de la mística de Jesús es la fuerza (*dynamis*) que irradia su persona. Sus palabras y sus manos traen la salud, tal y como se ve en el caso del hombre con la mano atrofiada (Mc 3,5), en la curación de los diez leprosos (Lc 17,11-19), en el tomar de la mano a la niña que está agonizando (Mc 5,41), o en el caso de la mujer curada en sábado (Lc 13,13). La medicina de Jesús es la fuerza sanadora que sale de Él. La sanación de Jesús queda definida por unos rasgos concretos: expresa su amor compasivo, que le lleva a preocuparse por el sufrimiento de los enfermos. Desea la liberación. Es una sanación brindada con absoluta gratuidad. Evidencia el servicio de Jesús a los demás (Él es el Siervo de Yahveh, que «toma nuestras dolencias y carga con nuestras enfermedades» [Is 53,4]). Sus sanaciones son buena noticia para los sanados y para los que son testigos de la sanación (afectan al ámbito personal y al comunitario). Evidencian una atención personalizada (se acerca a las circunstancias concretas del necesitado de salud). Es Jesús el que, frecuentemente, toma la iniciativa. Brinda con frecuencia, en sus sanaciones, el perdón y la ternura de Dios. Trae una sanación integral de la persona, liberándolo de todo lo que lo esclaviza. Manifiesta que la situación de una vida bloqueada es superable. Él trae la paz y la armonía. Ayuda a que la persona despliegue todas sus potencialidades. Sabe que la salud no es un fin en sí misma, por lo que evita que el enfermo sea un hipocondríaco. Pide el abandono en las manos de Dios (en línea de lo expresado por Sta. Teresa de Lisieux y San Claudio de la Colombière), lo cual permite una completa curación del ser humano herido.

En los Padres de la Iglesia Cristo aparece categorizado como médico. Los adjetivos que suelen acompañarlo son «grande», «celestes», «supremo», «del cuerpo», «del alma». De Él nos hablan autores como San Cirilo de Jerusalén, San Juan Damasceno o San Agustín. En el cristianismo naciente queda patente la idea de que la curación física y la salvación espiritual van jun-

tas. Existe una interconexión entre cuerpo, alma y espíritu. En el CIC (1503-1505) se expresa que las curaciones son signos claros de que Dios ha visitado a su pueblo (Lc 7,16), deseando aliviar a los que sufren. En este sentido Jesús aparece como portador de *biofilia* (amor a la vida). La saliva, las manos, el barro, las abluciones... son instrumentos utilizados por el Señor para sanar. Hoy, en pleno siglo XXI, Cristo nos toca en los sacramentos. Todavía en nuestros días el Señor se conmueve al vernos desvalidos. Se deja tocar, hace suyas nuestras miserias, y nos auxilia para vencer sobre el pecado y sobre la muerte. Nos capacita para interpretar nuestros sufrimientos como medios que nos unen a su pasión.

Cristo sana las enfermedades espirituales. ¿Y qué son estas enfermedades espirituales? Son enfermedades vinculadas no al cuerpo, sino al espíritu. Nacen de las «pasiones», que son contrarias a las «virtudes». Las virtudes muestran el uso normal y lógico (es decir, de acuerdo al Logos=Cristo) de las facultades humanas. Las pasiones se originan en el uso antinatural, ilógico y desviado de las mismas. A las enfermedades espirituales las podemos vincular a las pasiones, a los vicios, a los malos pensamientos (*logismoi*) y a los malos espíritus. Las pasiones generan sufrimientos, desórdenes y dolor. Existen terapias espirituales, vinculadas a Cristo, para sanar las enfermedades espirituales.

Enfermedades espirituales y sus terapias

- *Gula (cercana al cuerpo)*. Es la pasión centrada en el placer del comer o la falta de control en lo referido a los alimentos. Aparece en 2 formas que son la sensualidad de la boca (*laimargía*) y la sensualidad del vientre (*gastrimargía*). La 1ª se refiere a la calidad de los alimentos. Consiste en buscar los sabores más exquisitos y delicados. La 2ª alude a la cantidad, al comer mucho. La 1ª es propia de clases sociales superiores, y la 2ª de clases medias o inferiores. El error de esta pasión está en el mal-uso que se hace del alimento. Va contra la finalidad natural del mismo, que es conservar la vida humana y dar gracias a Dios por los bienes recibidos. Este deseo desproporcionado nos aleja de otros deseos más humanizadores y espirituales. Hay 3 patologías asociadas a la gula: poner en peligro la salud del cuerpo, tiranizar al ser humano con su pasión, y alejarlo de Dios. Crea dificultades para una buena vida de oración, y además permite la entrada de muchos pensamientos apasio-

nados en el hombre. La *laimargía* está, además, muy conectada con la vanagloria; la *gastrimargía* está asociada a la lujuria. La terapia espiritual para la gula es la templanza. Nos invita a hacer discernimiento personal sobre nuestras verdaderas necesidades alimenticias. Podemos adquirirla quedándonos siempre con un poco de hambre. Permite el correcto funcionamiento del alma, dándonos calma, tranquilidad, valorando que Dios es el único Absoluto.

- *Lujuria (cercana al cuerpo)*. Está referida al uso pasional de la sexualidad. En griego se denomina *porneta*. La sexualidad natural y virtuosa está ordenada por Dios para la perpetuación de la humanidad. Se vive en el matrimonio y crea comunión entre el hombre y la mujer. Esta unión sexual ha de estar precedida por la unión psíquica y espiritual de los esposos. La sexualidad bien entendida y vivida es un medio de santificación, que lleva a la unión parecida a la que existe entre Cristo y la Iglesia. El uso antinatural y patológico de la sexualidad deriva de la lujuria. Aquí la sexualidad queda desligada del proyecto divino. Busca exclusivamente el placer. Cosifica al prójimo, reduciéndolo a objeto de placer. Subraya antes la carne que el espíritu. Llega a prostituir el cuerpo, que de ser un templo del Espíritu pasa a convertirse en una cueva de ladrones. La afectividad, la voluntad y la inteligencia se vuelven esclavas del placer sexual. La lujuria hace que uno se cierre en sí mismo (*filautía*) y que no se abra a los demás. Produce gran inquietud en el alma, incertidumbre, espera angustiada, temor a la pérdida, y regusto amargo. Atrae los «rasguños» y los «alfilerazos» (Juan Casiano). La terapia frente a la lujuria llega con la castidad. Nos permite descentrar el deseo del ámbito exclusivamente corporal, abriéndolo a lo psíquico y espiritual. Restablece la verdadera economía del deseo, ordenándolo (Dios-prójimo-uno mismo). La castidad se alimenta de humildad, paciencia y dulzura. Trae una tranquilidad inalterable.

- *Amor al dinero / Deseo de tener más (cercana al cuerpo)*. Significan una atadura a los bienes materiales. Traen gozo de poseer las riquezas, preocupación por conservarlas, dificultad de separarse de ellas, y pena que se siente al darlas. En la base de esta enfermedad espiritual está la incertidumbre del ser humano de cara al futuro. El deseo de tener sería un modo de intentar asegurar este futuro. El error de base está en fiarse más de nuestras riquezas que de Dios. Aquí el error no está en el uso del dinero o de los bienes, sino en el disfrute de su posesión.

Lo malo es el apego interior y psicológico a estos bienes. Se adora a la riqueza como a un dios. Se pone al Creador de la materia por debajo de su creatura. Esto denota falta de fe y de esperanza en Dios. Esta enfermedad espiritual genera muchos sacrificios para conservar el dinero y los bienes materiales. Jesús pide que no nos preocupemos por el mañana, pues el mañana trae su propia inquietud (Mt 6,31-34). Suele justificarse como actitud previsoras ante un futuro incierto. La obstinación por lo material impide desarrollar otras potencialidades (espirituales). Nos encierra en las riquezas de este mundo, y nos hace olvidar las auténticas riquezas. Nos invita a no compartir con el prójimo. Algunos padres de la Iglesia (Basilio de Cesarea) hablan de la «bulimia del espíritu»: cuanto más se tiene más se desea. Y el afán por tener más impide que gocemos y disfrutemos de lo que ya tenemos. Se genera una espiral de temor, ansiedad y angustia (estos bienes son inestables). Estos bienes no ofrecen lo que el hombre busca, sino solamente un sucedáneo de felicidad. La terapia frente a estas enfermedades espirituales vinculadas a las posesiones pasan por el desprendimiento y la limosna. Se nos pide amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas (Lc 10,27). Hace falta una verdadera conversión del deseo. Es preciso tomar conciencia de la caducidad y de la vanidad de lo deseado. Es necesario llegar a captar nuestras necesidades más profundas, las que están debajo de las materiales. Se pide poner toda la esperanza en Dios, viviendo con ausencia de preocupación, sin estar esclavizado por los deseos. Se nos pide también «des-centrarnos», mirando al prójimo, y priorizando sus necesidades. La limosna nos ayudará a abrirnos y a crecer en serenidad, tranquilidad, generosidad y sensibilidad.

• *Tristeza (cercana al alma)*. Es un signo claro de la caída del hombre. Podemos distinguir dos tipos de tristeza. La primera es la «tristeza natural o tristeza según Dios». Produce el arrepentimiento o la conversión. Posee dos elementos importantes para la sanidad de la persona, que son: duelo espiritual y compunción (*penthos*). El duelo significa afrontar la pérdida, y la compunción es una disposición interior que hace buscar a la persona, con gran ardor, aquello de lo que está sediento. Si no lo alcanza va tras sus huellas con gemidos (Juan Clímaco, *Scala* 7,1). La segunda —«tristeza del mundo»— es la que lleva al hombre a llorar por la pérdida de bienes sensibles, tras no poder conseguir los placeres esperados. Se frustran sus expectati-

vas sobre sí mismo y sobre sus relaciones con los demás. No nos dolemos por lo que deberíamos hacerlo (caída-pecado) y nos afligimos por lo que no merece la pena (pérdida de bienes sensibles-no consecución de placeres). La tristeza según Dios no suscita angustia, no deprime, es humilde, afable, obediente, dulce, paciente y provoca conversión. La tristeza según el mundo refleja el lazo que nos une a los bienes sensibles. A veces esta tristeza está vinculada a la envidia (de bienes de otras personas), a la insatisfacción general sobre la propia existencia, a la cólera... Lo que está debajo es la vanidad, el orgullo, el sentimiento de fracaso o la impotencia. Los efectos patológicos son rencor, amargura, impaciencia, ansiedad, oscurecimiento del alma, ceguera de la inteligencia... Puede derivar en pusilanimidad, desesperación y falta de confianza en Dios. La terapia frente a la tristeza consiste en empezar por ser consciente de lo que se está viviendo en el interior: asumir que uno está triste. Supone también revisar los deseos, placeres y esperanzas frustrados, considerando lo pasajeros que son, y los esfuerzos inútiles que nos exigen para no darnos la auténtica felicidad. Es preciso evitar que la persona se repliegue sobre sí misma, promoviendo que se abra a su acompañante espiritual. Ayudará también la lectura de pasajes de la Escritura, sobre todo los acompañados de oración. Es preciso hacer todo lo posible por estar cada vez más cerca de Dios.

- *Acedia (cercana al alma)*. Remite a una enfermedad espiritual en la que el espíritu queda perturbado sin razón. Puede nacer cuando la persona está en estado de dejadez, al que se ha llegado por el apego a los propios gustos. Generalmente la acedia llega de improviso, sin que hayamos hecho nada. Comienza en el ámbito afectivo, y desde aquí se traslada al ámbito psíquico y espiritual. Sus causas originarias suelen ser el activismo, el cansancio, una cierta frialdad en el ámbito religioso, una existencia rutinaria, la falta de proyectos, la tendencia al desánimo tras sucesivas desilusiones y fracasos... La sintomatología de la acedia nos habla de pereza, tedio, desánimo, indolencia, y pesadez (de cuerpo y también de alma). La vida deja de tener sentido y se convierte en una pesada carga que llevar. Se pierde el gusto por todo y nace una insatisfacción vaga y generalizada. Desaparecen las ilusiones y las esperanzas... Viene el disgusto, la ansiedad y la inquietud. El máximo nivel de esta enfermedad se alcanza a mediodía, y por eso se denomina «demonio meridiano». Está muy vinculada a las crisis de los 40-

50 años de edad. Trae un sentimiento oscuro, de insatisfacción, desgana... Las metas y los objetivos caen ante las constantes desilusiones... La persona se siente incapaz de hacer nada. Muchos quieren escapar del tedio, la soledad y la insatisfacción de esta enfermedad espiritual. Mucho de lo que se hace se hace por vana curiosidad. No importa la profundidad de las relaciones interpersonales, sino su extensión. Las facultades gnoseológicas quedan oscurecidas, cegadas, sin poder captar lo evidente y lo esencial. Esta pasión lleva al desánimo y obstaculiza una vida de constancia, regularidad, silencio y estabilidad interna. Es una especie de síntesis de todas las pasiones. Sus efectos llegan a todas las facultades. Sus consecuencias son graves, porque es como «saborear el infierno en la tierra» (Isaac el Sirio, *Discursos ascéticos*, 1,67). La acedia, que supone la desaparición de las virtudes anteriores enumeradas en este artículo, no puede ser curada o reemplazada por una virtud contraria. El sujeto parece estar sin recursos para hacerle frente. Suele ser bueno no hacer caso a las indicaciones de la acedia para dejar las actividades que se están llevando a cabo. Suele ayudar aquí el principio ignaciano del «*agere contra*» (actuar contra lo que la acedia nos propone). La solución a la acedia no va a venir del exterior, sino del trabajo en el interior de la persona. Se precisa aprender a relacionarse correctamente con uno mismo, adquiriendo el silencio y la paz interior. La resistencia a la acedia supone que el sujeto desarrolle frente a ella un duro combate; la resistencia a la acedia marca un momento decisivo en el crecimiento espiritual, por lo que hay un antes y un después de esta pasión. La lucha frente a la acedia es larga y laboriosa (a veces dura años). La terapia ha de usar remedios de largo recorrido: entre ellos destacan la perseverancia (dimensión activa) y la paciencia (dimensión receptiva). Hay que superarla desde una resistencia pacífica, evitando caer en un voluntarismo agotador. Otras ayudas frente a la acedia son las siguientes: vivir cada día como si fuera el último (atacando así la pereza y la negligencia espiritual); vivir el duelo y la aflicción (con posibilidad de lágrimas); no caer en la tentación de viajar, de crear relaciones inútiles, de proyectos sinsentido; poner la vida enteramente en manos de Dios; pedir un sano temor de Dios; cultivar la asiduidad y la continuidad (pueden ayudar los trabajos manuales); cultivar el estar conscientemente presentes y la atención (no cayendo en un ocio sin sentido). El remedio fundamental frente a la acedia es la oración; pueden modificarse las formas de rezar, apostando por oraciones más simples, corporales, sálmi-

cas... Gracias a la oración vamos a un nivel nuevo de madurez espiritual, con dos tipos de sensaciones: de un lado paz interior, gozo, reposo y tranquilidad; del otro lado conocimiento de los propios límites y de las carencias con las que tenemos que aprender a convivir. La superación de la acedia puede ser un trampolín para lanzarnos a un mayor crecimiento y a una nueva dimensión.

- *Cólera o ira (cercana al alma)*. Se produce cuando no utilizamos bien la potencia irascible, perteneciente a la acción. Originariamente esta potencia buena nos ayuda a luchar para obtener la virtud y para combatir todo aquello que nos hace daño (como las tentaciones, el pecado y el mal). El sabio coraje es bueno. La enfermedad espiritual llega cuando la cólera combate con uno mismo, con Dios y con el prójimo. Esto deriva en violencia, en lucha y en agresión; también en resentimiento (cólera interior y escondida), en rencor, en odio, en hostilidad o animosidad, en irritación, en mal humor, en impaciencia, en indignación, en burlas, en ironía, en malevolencia... Esto último lleva a que uno se alegre del mal del prójimo, al tiempo que no se aflige de las desgracias ajenas. El origen de la cólera está situado en el amor al placer; la cólera nace cuando no podemos conseguir el placer que buscamos. El orgullo y el amor propio, a fin de cuentas, es lo que está detrás de esta enfermedad espiritual; lo que pretenden es restablecer la propia imagen ante quien nos ha ofendido. La cólera está unida a efectos corporales (permanente agitación psicomotriz y desórdenes fisiológicos) y a efectos espirituales (pérdida de paz interior, de dulzura y de descubrir a Dios en nuestra existencia). La terapia para superar la enfermedad espiritual de la cólera es la dulzura y la paciencia. Es conveniente que nos convenzamos de que no hay nada que justifique la ira contra el prójimo. El silencio de nuestros labios, cuando nuestro interior está agitado, suele contribuir a aplacar la ira del otro. Si la causa de la cólera está en las ofensas sufridas, la terapia más adecuada es el olvido de los agravios y el perdón. Sí: el perdón es la mejor medicina que inmoviliza la cólera y que impide su desarrollo. Es preciso pedir a Dios la «serenidad imperturbable del alma» (Juan Clímaco, *Scala* 8,4). Es necesario dominar los pensamientos y controlar el corazón. Auxilios muy oportunos son la dulzura espiritual, la mansedumbre, la compasión y la bondad del corazón. Entonces se recupera la paz y la tranquilidad, que fortalecen el alma ante los ataques de los otros. Ayuda mucho, además, el sopor-

tar con calma y paciencia los males que nos sobrevienen. Mediante la paciencia con el prójimo (y también con uno mismo) se llega al consuelo, a la paz y al gozo espiritual.

- *Temor (cercana al alma)*. Una concepción positiva del temor es la que nos lleva a verlo como auxilio para la defensa de nuestro propio ser. Indica Isaac de Nínive que «el temor resulta necesario a la naturaleza humana para mantener los límites, más allá de los cuales se quebrante el mandamiento» (Isaac de Nínive, *El don de la humildad*, 152). Con este temor, que quiere nuestra supervivencia, rechazamos lo que va contra la vida. Este temor está unido al temor al castigo divino y al temor a estar separado del Dios que es la Vida. El temor que es una pasión o enfermedad espiritual es aquel que se produce por la idea o sentimiento de pérdida de bienes que producen un gozo sensible. Este temor revela la atadura a estos bienes. Delata que el sujeto se ha alejado de Dios (principio y fin de su ser) y ha colocado en el centro otros bienes sensibles a los que ha transformado en absolutos. Está unido a la angustia y suele deformar la percepción de la realidad. Esta enfermedad espiritual tiene debajo una intensa subjetividad, con factores emocionales inconscientes, que dificultan el conocimiento y el control. La pusilanimidad es una forma de temor, que apunta a un temor a realizar una acción, a una falta de voluntad, a timidez y a debilidad de carácter. Predomina junto a ella un exceso de imaginación, donde la realidad aparece deformada y está rodeada de peligros inexistentes. Favorece el escondimiento. Suele venir de una vana confianza del alma en sí misma (Juan Clímaco, *Scala*, 20,4). Nos hace temer y esperar males que no deben ser ni temidos ni esperados (Juan Clímaco, *Scala*, 20,2). La terapia reparadora de esta enfermedad espiritual exige que pongamos toda nuestra confianza en Dios. Es preciso activar la fe, que persuade al hombre de que Dios le ayudará en todo momento. Reafirmar esta fe y esta confianza es algo a lo que se llega mediante la oración. La buena calidad de nuestra oración hará que desaparezca el temor. No hay que confiar sólo en las propias fuerzas de uno mismo. Es preciso acoger con humildad la fuerza divina que viene de lo alto. El amor, junto a lo dicho, es otro antídoto frente al temor. Lo que sí hemos de temer realmente es el estar separados de Dios, al tiempo que admitimos que el principio de la sabiduría es el (buen) temor de Dios (Prov. 9,10).

- *Vanagloria (cercana al alma)*. Los Padres de la Iglesia (especialmente Isaac de Nínive, los Padres del desierto, Juan Clí-

maco, Juan Crisóstomo y Juan Casiano) suelen dividirla en 2 tipos: la relativa a los bienes materiales y la relativa a los bienes espirituales. La primera lleva a que el hombre se sienta orgulloso de los bienes que posee o que cree poseer. Entre estos bienes están la admiración que otros le tributan, el dinero, el aspecto físico, la apariencia, la habilidad manual, el saber que tiene o el rango social elevado. Este tipo de vanagloria suele estar unida a la «*filargía*», que es el deseo de poder o de dominación. La persona vanidosa, para ser admirada y alabada, se esfuerza por conservar el poder... En esta primera vanagloria hay que incluir también la relacionada con las capacidades intelectuales que hacen que alguien sobresalga entre los demás. La segunda (relativa a los bienes espirituales) consiste en que la persona sea admirada por sus virtudes, buscando así la alabanza, el honor y la consideración de los otros. Es sutil y se reviste de muchos ropajes. La vanagloria lo que hace es no buscar la gloria de Dios, sino la propia gloria. La persona vanidosa se atribuye frecuentemente cualidades que no posee, al tiempo que es incapaz de descubrir los fallos que tiene. El riesgo de endiosamiento, en esta enfermedad espiritual, está a la vuelta de la esquina. Trae excesiva preocupación por obtener la admiración y la alabanza de los demás. A veces lo único que se cosecha es indiferencia, críticas e incluso odio; por lo demás, la vanagloria destruye otras virtudes. Nos impide gozar de la gloria de Dios, y genera en nosotros un complejo de superioridad frente a los demás. La terapia reparadora de esta pasión pasa por ejercitar la virtud reina de la vida espiritual: la humildad. Lo peor de la vanagloria es que cuando el vicio está abatido, se levanta y cobra mayores bríos para la lucha (Juan Casiano, *Instituc. cenob.* 11,7). La terapia ha de promover una vigilancia constante, una gran capacidad de discernimiento. El enfermo espiritual ha de estar persuadido de que la gloria humana es antagónica frente a la gloria de Dios; ha de reconocer la inconsistencia y la fragilidad de la gloria humana. En algunos casos será necesario que el vanidoso evite y rechace cargos y honores que confieran poder o prestigio sobre los demás. Ayuda mucho a superar la vanagloria el hacer el bien de manera callada. También no esconder las faltas ante los demás. Tener conciencia de ser un servidor inútil. Ayudará el valorar las diversas humillaciones y desprecios por los que pasamos como antídoto frente a la vanagloria. Signos de curación son no tener pena de ser humillados en público, ni tampoco guardar rencor ante quienes nos han ofendido.

- *Orgullo (cercana al alma)*. Nace de la perversión del amor de sí. El orgullo es el culmen de la vanagloria, en su aspecto más profundo y espiritual. Lleva al orgulloso a creerse superior a los otros seres humanos; lleva a rebajar al prójimo, a mirarlo desde lo alto y a despreciarlo. Quiere comparación, jerarquías, juicios al prójimo, críticas sistemáticas, arrogancia y seguridad absoluta en sí mismo (presuntuosidad). Se asocia a la pretensión de saberlo todo, de tener siempre la razón, de la autojustificación, del enseñar y mandar a toda costa... Se acompaña de la ceguera ante las propias faltas. Es algo así como una inflación del yo, un cáncer espiritual, que favorece la agresividad y dificulta la obediencia. Uno llega a creerse centro en torno al cual los demás deben girar; es signo de auto-idolatría, del que está vacío de Dios y lleno de sí mismo. Es la pretensión de llegar a ser dios sin Dios, minusvalorando al prójimo. La terapia pasa por superar el culto al ego, ver en lo que nos adelantan los otros, recordar nuestros pecados, saber que Dios es el protagonista de nuestra vida, ser sencillos y humildes... Reconocer que nuestras cualidades provienen de Dios, y que nosotros somos sólo los beneficiados.

4. LA MÍSTICA DE LA BELLEZA: LA SENDA DE LAS VIRTUDES CRISTIANAS

*Las virtudes teologales*⁷

La vida de fe, esperanza y caridad deberían ser el hábitat y la atmósfera en que respira el cristiano. Es cierto que en la naturaleza humana existe la disposición y la capacidad para la virtud que facilita la adquisición de las mismas cuando se ponen los medios adecuados para ello. La virtud supone una disposición habitual que se adquiere libremente para buscar la perfección y el bien. Las tres virtudes teologales fueron infundidas por Dios en nuestra alma el día de nuestro bautismo, pero como semilla, que había que hacer crecer con nuestro esfuer-

⁷ Nos basamos en las contribuciones de Antonio Rivero LC [Consulta: <http://es.catholic.net/op/articulos/1565/cat/69/las-virtudes-teologales.html/03.11.2017>]. También en lo que sobre las virtudes se nos cuenta en el *Catecismo de la Iglesia Católica*. Es fácil encontrar las alusiones específicas de esta obra a las virtudes teologales, si acudimos al índice situado al final. Estas virtudes se completan con las cardinales: fortaleza, justicia, prudencia y templanza. Nos excede ahora su tratamiento.

zo, oración y sacrificio. Lo que hacen es contrarrestar los impulsos naturales inclinados al egoísmo, comodidad y placer. Son dones de Dios; requieren nuestra colaboración libre y consciente. Suponen un modo de ser y de vivir y siempre van juntas las tres. Vivir estas virtudes embellece al hombre.

La fe

La mística de Jesús nos exhorta a la fe. Ante todo, la fe es un don, una luz divina⁸ por la cual somos capaces de reconocer a Dios, de ver su mano en cuanto nos sucede y de ver las cosas como Él las ve. Es luz venida de lo alto para entender y atender las cosas de Dios. La fe queda definida por ser un encuentro con Dios y con su designio salvífico. La fe es respuesta y entrega a Dios, llevada a cabo con la inteligencia y la voluntad. Es sencilla, no hecha de discursos o elucubraciones. Es una verdadera adhesión a Dios (como la vivieron María y Abraham). Es vital y performativa, porque transforma la vida. El hombre de fe vive de fe, y nada más que de esto. La fe es algo experiencial: se vive en la experiencia y permite conocer a Dios en la intimidad. Lleva a la comunión con Dios y al conocimiento experimental de Él. Es subjetiva y también objetiva: interior y, además, convincente (nos convence de que Dios se ha revelado en su Palabra y de que vive en la Iglesia). La fe es donada por Dios al individuo, y termina en un compromiso. Compromete la vida con Dios en la fidelidad a su Ley y en la donación total a Él. El hombre de fe posee un compromiso de defenderla con la palabra y el testimonio; ha de alimentarla con la continua lectura y meditación de la Biblia y difundirla alrededor.

La fe supone, ante todo, confianza en Dios. Supone seguir adelante, siempre adelante, sabiendo que Dios proveerá. Nos pide saber que Dios está en nuestro origen, y también en nuestro final. Saber que nuestra vida y nuestro camino están en sus manos bondadosas. Supone, a fin de cuentas, fiarse enteramente de Dios, sabiendo que lo mejor para nosotros es lo que Él haga o lo que Él no haga. Nos devuelve la alegría de la salvación (sal. 50). La formación que recibimos en la Iglesia, unida al auxilio divino, nos ayuda a superar nuestras dudas de fe. Una fe que

⁸ Es muy sugerente al respecto, y está bellamente escrita, la encíclica de FRANCISCO, *Lumen fidei*, Roma 2013.

ha de ser educada, que nos ayuda a vencer la idolatría, que exige perseverancia, que pasa por unas pruebas y la superación de unas dificultades, hasta su maduración total. Una fe que nos conduce al conocimiento de Dios y a la adhesión a su omnipotencia. Una fe que nos injerta (inserta) en el misterio pascual de Cristo, cauce único que nos conduce a morir con Él para vivir con Él. Vivir esto es una gracia. La mística de Jesús nos invita a vivir desde la confianza humilde de los hijos de Dios. Esto significa confiar en la divina Providencia, que vela constantemente por nosotros, y nos guía por las sendas misteriosas de su voluntad. Cuando Jesús nos invita a confiar nos invita a desterrar de nosotros todo tipo de temor: «*considerad los lirios, cómo crecen; no trabajan ni hilan; pero os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de éstos. Y si Dios viste así la hierba del campo, que hoy es y mañana es echada al horno, ¡cuánto más hará por vosotros!*» (Lc 12,27-28).

Con Jesús hemos de decir una y otra vez: «creo Señor, pero aumenta mi fe». La fe mueve montañas (cf. Mt 17,20) y por eso la mística de Jesús es mística de fe. Fe que fue suya, incondicionalmente entregada a cumplir la voluntad del Padre. Fe que ha de ser nuestra, porque como a tantas personas que Jesús encontró, también a nosotros puede decirnos: «*hijo, tu fe te ha salvado*» (Lc 7,50; Mc 5,34). Fe que significa creer una y mil veces en Dios, pase lo que pase y venga lo que viniere. Es estar convencido de que esto que vivo es voluntad de Dios para mí: Dios lo quiere o lo permite. Me fío de Él como un niño, que no razona, que no da vueltas a la cabeza. Creer es dejar atrás la mente analítica y calculadora. Es lanzarse mientras uno se sabe sostenido por Dios. La fe es la que lleva a Jesús a una experiencia de alteridad en relación al Padre, lo cual está lejos de la mística de la fusión del sujeto con Dios (ej: fusión del hombre con el cosmos, según la *New Age*). Es una fe que da frutos, ya que por sus frutos los conoceréis (cf. Mt 7,16), y que no reduce el cristianismo a un solo cristianismo emocional, el cual sería insuficiente. Es verdad que en un mundo de angustia, estrés y fuertes impactos emocionales, muchos querrían reducir el cristianismo a un mero calmante emocional. Cristo nos dice: «*la paz os doy*» (Jn 14,27), pero su mística no se reduce a emotivismo. El éxito de las místicas orientales deriva de aquí: ofrecen un bienestar emocional partiendo de la espiritualidad conectada con algunas propuestas del psicólogo neo-freudiano Carl Gustav Jung. La de Jesús es, además, una mística que se vive en la

Iglesia, por lo que podríamos denominarla «mística eclesial». No es la suya una fe fiducial, de corte luterano. Esta fe genera frutos y obras de caridad. Es una fe que genera un compromiso para hacer de este mundo un mundo mejor.

Es la fe que nos lleva a reconocer todo lo que se nos ha dado gratuitamente, y todo lo que Dios y el mundo esperan de nosotros. Es saber que Dios todo lo dispone para nuestro bien. Significa asombrarse cuando uno descubre que la fe de los otros es aún mayor que la nuestra. Es la fe que es don de Dios y tarea del hombre. Es la fe que nos convence irremediabilmente de que Dios es una realidad, y no sólo una idea, por lo que hemos de aferrarnos a Él. Cristo se aferró a su fe en el Padre, consciente de que tras la tortura de la cruz vendría el tiempo de la resurrección. Y es que la fe se localiza en el terreno de las secretas convicciones. La fe de la mística de Jesús es la fe de los que muchas veces no hablan de esta fe; no obstante es una fe que se visibiliza en el modo de enfocar los problemas cotidianos, en el modo de hablar, en el modo de pensar y reaccionar... (cf. *Caminando*, 228). Es la fe pura, sencilla, sincera y directa, que tiene casi un toque de fe infantil, y que es la fe que el Señor elogia explícitamente en el Evangelio, advirtiendo que «*si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los cielos*» (Mt 18,3). Es la fe que vivió y que comunicó Santa Teresa de Lisieux, que se ponía ante los brazos de su Padre Dios con infinita confianza. En la mística de Jesús, la fe de sus discípulos no ha de venirse abajo cuando sea una fe probada y purificada por los mil avatares de la vida. Siempre ha de ser una fe alimentada, para que se convierta en fe enriquecida y en fe compartida. Ha de ser conservada hasta el final de nuestra vida, advirtiendo que «*el que perseverare hasta el final se salvará*» (Mt 24,13). Así como Jesús acudía a la sinagoga a expresar públicamente su fe, así también ha de ocurrirnos a nosotros con la nuestra: no hemos de guardarla en la recámara, porque él nos dice que «*no se enciende una lámpara para ponerla debajo del clemín*» (Mt 5,15). Si nuestra fe está viva viviremos en paz en medio de las tensiones de este mundo. Capearemos las crisis con la ayuda de Dios. Nuestra fe nos seguirá recordando a Dios en medio del sufrimiento, del fracaso y del pecado. Pasaremos por encima de las circunstancias de esta vida con la mirada puesta en Dios, de quien esperamos la ayuda que necesitamos por indignos que nos sintamos (cf. *Caminando*, 232). Ésta es la fe que nos lleva a trabajar como si todo dependiera de nosotros, pero

sabiendo que todo depende de Dios. Con una fe fuerte, como la que Jesús quiere que poseamos, podremos estar rodeados de obstáculos, de persecuciones sutiles, constreñidos por la ley... pero conservaremos la fe en Dios y todo lo que ella implica en la práctica (cf. *Caminando*, 233). Con fe sabemos que todo acabará bien (J. Norwich, *Showings*, 27).

*La esperanza*⁹

La mística de Jesús nos invita a vivir siempre con esperanza. La esperanza cristiana no es un simple optimismo. Nos ayuda a mirar el mal, los problemas y las dificultades de la vida sabiendo que todo está en las manos de Dios, y que Él sigue actuando por nuestro bien. Tener esperanza significa saber que no todo está cerrado. Hay un horizonte abierto para nosotros, con muchas posibilidades que aún están por descubrir. Dios está con nosotros, puede sorprendernos, por lo que jamás hemos de caer en el desaliento o en la desesperación. La esperanza nos lleva a reconocer que Dios es el Bien Supremo, gracias al cual podemos alcanzar la felicidad eterna y también la felicidad en esta vida. Si queremos vivir con esperanza hemos de saber que Cristo es omnipotente, bondadoso, y que no falta a sus promesas. Es verdad lo que dice el Eclesiástico: «*Nadie esperó en el Señor que fuera confundido. ¿Quién que permaneciera fiel a sus mandamientos, habrá sido abandonado por Él, o quién, que le hubiere invocado, habrá sido por Él despreciado? Porque el Señor tiene piedad y misericordia*» (2,11-12). La esperanza abre nuestra mirada, y eleva nuestro pensamiento, más allá de las cosas de este mundo. Lanza nuestros deseos al cielo y a la posesión de Dios. Nos va desasiendo de los bienes terrenales, para que caminemos con agilidad hacia lo alto. La esperanza hace eficaces nuestras peticiones. Nos ayuda a seguir adelante, pase lo que pase, venga lo que venga. Hemos de esperar en el Señor, en el silencio, convencidos de que Él actuará para nuestro bien. Hace eficaces nuestras peticiones. La esperanza nos llena de fortaleza interior, nos da ánimo, y nos da también constancia en la lucha. Nos asegura el triunfo en la batalla. Evita que estemos encerrados en nosotros mismos, y nos abre a los demás. La esperanza, por esto, nos capacita para superar el egoísmo.

⁹ Recomendamos leer la encíclica de BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, Roma 2007.

Dilata el campo de nuestra visión y nos proyecta hacia el apostolado. Nos pide esperar la ayuda de Dios, y poner los medios que dependen de nosotros para arreglar las situaciones. Nos conduce a vencer el desaliento y la desesperación. Nos convence de la posibilidad de la enmienda. Nos trae la certeza de la salvación. La alimentamos en la Eucaristía, la cual nos hace gustar el don celestial.

*La caridad*¹⁰

La caridad nos lleva a amar a Dios (sobre todas las cosas) y al prójimo por Dios. Integra el amor vertical con el amor horizontal. Gracias a la caridad obramos de acuerdo a las enseñanzas del Evangelio, y no reducimos nuestra religión a una mera teoría. Amar bien significa vaciarse de sí mismos, llenarse del amor de Dios, y entregar ese amor a los demás. Estamos ante un amor radical, que es capaz de dar la vida por el otro (Jn 15,13), dejando a un lado las seguridades de la vida. Es el amor de Dios, recibido plenamente en el interior del hombre, el que posibilita una vida caritativa. Nos vacía de egoísmo, y nos lleva a vivir desde la lógica de la generosidad. Tiene el mismo aroma que la apertura, la sencillez, la disponibilidad, el desapego, el servicio y el perdón.

El amor de Dios es el más cierto y seguro; ha existido desde siempre, ha sido encontrado por nosotros, y nos ha cautivado evitando que nos angustiemos por otras cosas secundarias. Es un amor sólido y firme, tal y como es la roca del evangelio. Un amor que precisa ser sostenido y alimentado, para que no se apague. Un amor que tiene unos rasgos: es paciente, es servicial, no es envidioso, no hace alarde ni cae en vanagloria, no busca el propio interés, no se irrita, no lleva cuenta del mal, no se alegra de la injusticia, se regocija con la verdad, todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta, y no pasa jamás (1Cor 13,4-8). Es sincero, puro, nace de la interioridad, es servicial y ayuda al otro, es misericordioso y sabe perdonar, es generador de paz... También es delicado y universal, manifestándose en las cosas pequeñas. Se sobrepone a la indiferencia, a las contrariedades y a los malos tiempos. Descansa en Dios. Engendra el bien, la dulzura y la bondad. Al atardecer de

¹⁰ Muy sugerente y luminosa es la encíclica de BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, Roma 2005.

la vida seremos examinados en el amor (Juan de la Cruz). La virtud de la caridad supone la búsqueda del bien de todos los hombres que están al alcance de tus obras: tus familiares, amigos, compañeros de estudio o trabajo, todos aquellos que caminan contigo, aún los que te han causado algún daño. Exige abnegación, y crece cuando se practica. Se demuestra cumpliendo la voluntad de Dios. El que tiene verdadera caridad es un apóstol entre sus hermanos y es capaz de superar todo temor y respeto humano. En fin... la mística de Jesús tiene en su centro un núcleo radicalmente caritativo.

5. LA MÍSTICA DE LA RADICALIDAD: EL REINO DE DIOS Y SUS DINAMISMOS¹¹

El Reino de Dios no es un concepto o una doctrina. Es el objeto preferencial de la predicación de Jesús¹². Es ante todo una persona que, siendo Dios y hombre verdadero, es un místico (con experiencia de Dios). El Reino de Dios es una persona que tiene rostro y nombre: Jesús de Nazaret, imagen del Dios invisible. Él es el Reino, el que lo hace presente y lo proclama. En Él se condensa la radicalidad del Evangelio: radicalidad de la entrega, radicalidad de la vida y radicalidad de una experiencia mística que nos pide todo y nos da todo. Reino de Dios que, además, nos habla de aquellos sobre quienes Dios ejerce su soberanía, los cuales constituyen también el dominio de su imperio¹³.

Los rasgos definidores del Reino

- *Presencia.* Es un Reino que ya está presente y que, a su vez, ha de ser pedido constantemente diciéndole a Dios «venga a nosotros tu Reino» (cf. CIC 2804). Los signos que evidencian la presencia del Reino son las palabras, los milagros, los prodigios y los signos de Jesús (Hch 2,22). El Reino está presente en Él. Éste es el Reino querido por Dios, que ha de ser anunciado para que siga extendiéndose, y que ha de ser edificado (cf. CIC 395; 543-546). Es el Reino que ha de ser buscado ante todo (cf.

11 CIC = *Catecismo de la Iglesia Católica*.

12 GABINO URÍBARRI BILBAO, *La mística de Jesús*, pp. 172ss.

13 MICHAEL SCHMAUS, *Teología dogmática VII / Los novísimos*, Ed. Rialp, Madrid 1961, pp. 87ss.

CIC 305). Siendo un Reino eterno (CIC 664), cuya primera etapa está constituida por la ley (CIC 1963), se halla ya presente en la historia. La Iglesia es el Reino de Dios ya presente de modo misterioso (CIC 763). Es la semilla y el inicio de este Reino (CIC 567,669,764 y 768). La Iglesia está al servicio del Reino. Ya que la plenitud del Reino no se ha realizado todavía, tengamos esperanza en aspirar a él y a la vida eterna (CIC 1817). La plenitud del Reino se asocia al Resucitado y a su Reino eterno (2 Pe 1,11).

- *Maduración*. Dios nos llama a extender el Reino de Cristo, desde la peregrinación, la conversión, la renovación, el sendero de la cruz, la pobreza, la persecución... (CIC 853). La que extiende el Reino de Cristo por toda la tierra es la Iglesia. Lo hace a través del apostolado, actividad que es propia del cuerpo de Cristo (CIC 863). Las llaves de este Reino las tiene Pedro (CIC 553), y será definitivamente establecido gracias a la cruz de Cristo (CIC 550). La extensión del Reino trae consigo la derrota del Reino de Satanás y la expulsión de los demonios (mediante los exorcismos). Jesús expulsa a los demonios por el dedo de Dios (Lc 11,20). Aquí tenemos signos de que el Reino ya ha venido a nosotros (CIC 550). Si oramos trabajamos para que este Reino siga viniendo a nosotros (cf. CIC 2632). Así van madurando y se van irradiando los cuatro valores fundamentales del Reino, a saber: la paz, la justicia, la libertad y la fraternidad.

- *Universalidad*¹⁴. Es un Reino al que todos los hombres están llamados. Es el Reino mesiánico con gente de todas las naciones (cf. CIC 543). Es cierto, también, que algunos —los que viven en pecado— pueden ser excluidos del Reino (cf. CIC 1852-1861). Es el Reino que es acogido cuando se acoge la Palabra de Jesús, admitiendo que el pequeño rebaño es su germen iniciático (cf. CIC 764). Este Reino universal es obra del Espíritu Santo (CIC 709). Un reino extenso, en el que los primeros destinatarios son los pobres (los que no tienen dinero, los que pa-

14 José Ramón Busto asegura que el Reino de Dios posee tres características principales: la primera es que está vinculado a la persona de Jesús; la segunda es que el Reino llega para todos y llega gratuitamente; la tercera es que los primeros destinatarios del Reino de Dios son los pobres (JOSÉ RAMÓN BUSTO SAIZ, *Cristología para empezar*, Ed. Sal Terrae, Santander 1991, pp. 45-51). En la 2ª característica se ve muy bien la universalidad de este Reino.

recen estar dejados de la mano de Dios, los enfermos, los marginados de la sociedad, los desintegrados, los que no tienen personalidad jurídica [huérfanos menores de doce años y viudas sin hijos], las prostitutas, los publicanos...¹⁵. En efecto: Jesús dice que ha sido enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva (Lc 4,18): éstos son los bienaventurados en su mensaje místico (Lc 6,20).

Los dinamismos

- *Dinamismo de abajamiento.* Es el dinamismo místico que nos lleva a hacernos niños con relación a Dios. Ésta es la condición básica para entrar en el Reino. Es preciso abajarse y hacerse pequeño (Mt 18,3-4), para entrar a gozar de las riquezas de Dios. Mediante este «empequeñecerse» el Reino de Dios nos va perteneciendo, ya que el Reino pertenece precisamente a los que lo acogen con corazón humilde, es decir: a los pobres, a los pequeños, a los que son bienaventurados... (CIC 2804). Esto evidencia que el Reino está cerca de nosotros (Lc 10,9) y entre nosotros (Lc 17,21). Al mismo tiempo es un Reino que viene sin dejarse sentir (Lc 17,20). Un reino de abajamiento, de humildad, alejado de las pugnas por sentarse a la derecha o a la izquierda (Mc 10,37). Un reino que, prefiriendo lo de abajo, acoge a las mujeres, a los niños, a los samaritanos y a los paganos, en el mismo plano que a los varones judíos.

- *Dinamismo de liberación personal.* El Reino de Dios actualiza la liberación que Dios nos regala. Dios, mediante Jesús, libera del hambre, de la injusticia, de la enfermedad, de la muerte... Libera a los hombres de la esclavitud más grave de todas, que es la esclavitud del pecado (CIC 549). Ésta es la razón por la cual estamos llamados a superar las concepciones antropocéntricas de la salvación que se experimenta en el Reino de Dios. Dios nos libera de las carencias materiales, pero no primeramente ni sólo de eso. El Reino anunciado por Jesús no es un Reino de este mundo (Jn 18,36). Estamos ante un Reino performativo, que transforma desde dentro todas las realidades de este mundo. La transformación se realiza cuando el hombre se abre a la fe en la Buena Nueva y a la conversión (CIC 541), que —en último término— son obradas bajo la obra del Espíritu

15 JOSÉ RAMÓN BUSTO SAIZ, *Cristología para empezar*, pp. 45-51.

Santo. En verdad, «la liberación y la salvación que el Reino de Dios trae consigo alcanzan a la persona humana en su dimensión tanto física como espiritual. Dos gestos caracterizan la misión de Jesús: curar y perdonar. Las numerosas curaciones demuestran su gran compasión ante la miseria humana; significan que en el Reino ya no habrá enfermedades ni sufrimientos... Él desea liberar de todo ello a las personas»¹⁶.

- *Dinamismo de transformación social*. Afirma San Juan Pablo II: «El Reino tiende a transformar las relaciones humanas y se realiza progresivamente, a medida que los hombres aprenden a amarse, a perdonarse y a servirse mutuamente. Jesús se refiere a toda la ley, centrándola en el mandamiento del amor (cf. Mt 22, 34-40; Lc 10, 25-28). Antes de dejar a los suyos les da un «mandamiento nuevo»: «Que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 15, 12; cf. 13, 34). El amor con el que Jesús ha amado al mundo halla su expresión suprema en el don de su vida por los hombres (cf. Jn 15, 13), manifestando así el amor que el Padre tiene por el mundo (cf. Jn 3, 16). Por tanto la naturaleza del Reino es la comunión de todos los seres humanos entre sí y con Dios. El Reino interesa a todos: a las personas, a sociedad, al mundo entero. Trabajar por el Reino quiere decir reconocer y favorecer el dinamismo divino, que está presente en la historia humana y la transforma. Construir el Reino significa trabajar por la liberación del mal en todas sus formas. En resumen, el Reino de Dios es la manifestación y la realización de su designio de salvación en toda su plenitud»¹⁷. La transformación de los individuos y de las sociedades evidencia que Dios ha visitado a su pueblo y que es un Dios compasivo (CIC 1503). La manera como Dios va transformando el mundo es que va haciendo de él un Reino de justicia, de verdad y de paz (CIC 2046). Sólo las personas transformadas entran en el Reino: no todo el que le diga a Jesús «Señor, Señor», sin cumplir la voluntad de Dios, entrará en él. Gracias al Reino se va dando una verdadera metamorfosis de las sociedades.

- *Dinamismo de cotidianidad*¹⁸. El Reino de Dios va creciendo

16 JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, Roma 1990, n.º 14.

17 JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, n.º 15.

18 De ello nos habla WALTER CISZEK, *Caminando por valles oscuros*, pp. 200-210. En esta misma línea se mueve MARGARITA SALDAÑA MOSTAJO, *Rutina habitada. Vida oculta de Jesús y cotidianidad creyente*, Ed. Sal Terrae, Santander 2014.

do en lo cotidiano, sabiendo que no se puede desarraigar la buena semilla. En lo cotidiano, el Dios providente va cambiando el corazón para que el hombre entre en el Reino de Dios. El Reino ha de ser buscado en primer lugar, priorizando el cumplimiento de la voluntad de Dios, al tiempo que se pone en Dios toda la fe y toda la confianza. Hemos de dedicarnos al Reino en las circunstancias y con las gentes que la Providencia nos pone delante. Aceptar todo como venido de Él, y ofrecérselo todo a Él. Su gracia exige de nosotros sacrificio, renuncia, esfuerzo y entrega en el cotidiano vivir que nos sale al paso. Aquí Dios provoca las crisis que nos convierten, nos ofrece la paz, nos llama a ser levadura en la masa, nos llama a acoger la acción misteriosa de su gracia, que conserva y nutre la fe. En lo cotidiano el Reino crece, más allá de bloqueos y restricciones que pretenden frenarlo. Es aquí, en el diario vivir, donde se acepta lo que venga como querido o permitido por Dios.

- *Dinamismo de éxito.* Tal y como se narra en las parábolas de la semilla (Mt 13,24), del grano de mostaza (Mt 13,31) o de la levadura (Mt 13,33) el Reino de Dios va creciendo lentamente. Esto es cierto, y también es cierto su éxito final. El signo del Reino es el banquete mesiánico (Mt 8,11), el cual emerge como metáfora espléndida de la abundancia de bienes junto a Dios. Este éxito es saboreado de manera incipiente cuando uno se alegra al hallarlo. Este éxito nos permite experimentar la paciencia y la bondad de Dios (San Ireneo) y nos capacita para descubrir la gratuidad de la salvación. Es un éxito tan palpable que incluso se deja notar en el poder que Cristo tiene sobre la naturaleza, calmando al viento y al mar embravecidos. Un éxito constatable también en las resurrecciones efectuadas por Jesús: son las devoluciones de la vida a los muertos, signos claros de la nueva vida (victoriosa e imperecedera) que Él mismo ofrece.

6. LA MÍSTICA DE LA APERTURA: LA ALTERIDAD COMO GARANTE DE AUTENTICIDAD

Mística del encuentro con el otro

La mística de Jesús promueve el encuentro con el otro (interlocutor del yo y enriquecedor del yo). En la línea de Martin Buber, valora al otro no como un objeto sino como una persona con la cual relacionarse. Ésta es la mística de la apertura al Otro (Carlo M^a Martini, *Abrirse*), con mayúsculas, siguiendo la

estela de Emmanuel Levinás. La mística de Jesús, por tanto, supera todo solipsismo de corte plotiniano (que busca de forma individualista al «Solo»). Entonces, Jesús, nos pide superar la auto-referencialidad, promoviendo el ex-centramiento. Así se supera la egolatría y el yoísmo.

Una mística que, en la relación de alteridad, promueve el acto de fe como confianza en el Otro, admitiendo que la alteridad es fundadora de alteridades, generando dinamismos relacionales y alentando la construcción de identidades (Adolphe Gesché). El encuentro con el otro es un *kairós* (tiempo en el que algo importante sucede). Cuando Jesús se encuentra con sus interlocutores frecuentemente les ofrece la solución a sus problemas, y la salvación a sus vidas. Él es el Hijo del hombre, el que ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido (Lc 19,10). La mística del encuentro con el otro, al estilo de Jesús, es la mística que salva y genera relaciones de armonía y de apertura al otro (que está «más allá del yo», en opinión de Emmanuel Lévinas). Es la mística promotora de la *koinonía*, ya que el propio Jesús en su diálogo íntimo con el Padre le expresa su deseo del *ut unum sint* (Jn 17,21). Es la mística que promueve el respeto y el ser respetado, valorando las diferencias como enriquecedoras. Es la mística de la unidad, y no de la uniformidad; la mística comunitaria de la *ekklesía*, la que admite que somos parte de una asamblea religiosa. Es la mística del diálogo, de la comprensión, del reconocimiento de las distintas perspectivas, de la superación de los conflictos para alcanzar una meta común-mayor, de la voluntad de entendimiento y del saber que formamos parte del cuerpo místico de Cristo (cf. 1 Cor 12,12-27).

*Mística del servicio al otro*¹⁹

El Siervo de Yahvé (Is 42,1-9; 49,1-6; 50,4-11; 52,13-52,12) anuncia el ministerio concreto de Jesús, su manera de vivir espiritualmente. Indica que la mística de Jesús es mística de *diakonía*, de servicio al otro. Es una mística de la entrega generosa de su persona, desde el descentramiento. Así vive, también, María la Madre de Jesús y la esclava del Señor (Lc 1,48). Su servicio es alegre, entusiasta e ilusionado: se sabe servidora y

19 Cf. GABINO URÍBARRI BILBAO, *La mística de Jesús*, pp. 176-183.

elegida para algo grande. El suyo no es un servicio triste, resignado, conformista o realizado de mala gana. Es una suerte que Dios cuente con ella –y con nosotros– para servir. Llegar hasta aquí exige autovaciamiento, rebajamiento y desprendimiento. Sólo así uno puede atender gozosamente las necesidades de los otros. Jesús ejerce el servicio obedeciendo al plan de Dios (Flp 2,8). Esto le lleva a la cruz y a la gloria. El servicio del que no ha venido a ser servido, sino a servir, rescata la vida de muchos (cf. Mc 10,45).

En el servicio tanto Jesús como María se entregan de forma incondicional y completa. Uno no ofrece a Dios unas cuantas migajas, sino que se ofrece todo entero. Este servicio abre el camino para una amistad inigualable con el Señor (que ya no nos llama siervos, sino amigos [Jn 15,15]). Solo mediante el servicio que lleva a ofrecer la propia vida se ofrece el sacrificio que conduce a la gloria y a la vida verdadera. Si la mística de Jesús tiene un punto cimero en el servicio, la nuestra también ha de tenerlo. Estamos llamados a tener los mismos sentimientos de Cristo (Flp 2,5). Esto nos conduce progresivamente por caminos que nos sorprenden, nos desconciertan y nos desinstalan.

7. LA SINGULARIDAD DE LA MÍSTICA DE JESÚS: FILIACIÓN, ORACIÓN Y PASCUA²⁰

Mística de la filiación

Jesús es el Hijo, y en su experiencia religiosa se muestra ante el Padre en el contexto de la filiación. En este marco se desenvuelven su mística y su espiritualidad. La identidad a Jesús le viene de ser el Hijo. Su ser filial determina su autocomprensión, su relación con el Padre y todo su actuar en el mundo. El Hijo está capacitado para revelarnos cómo es el rostro (*vultus*) de la misericordia del Padre. Se ha encarnado para mostrárnoslo. Su filiación divina nos auxilia a nosotros para vivir airoosamente nuestra filiación adoptiva. Gracias a la obediencia del Hijo (Rom 5,12-21), nosotros podemos llegar con Él a la salvación y a la gracia. Dios quiere que seamos a imagen de su Hijo, el cual —a su vez— es imagen de Dios invisible (Col 1,15). La mística de Jesús pretende conformarnos con el Hijo,

20 Cf. GABINO URÍBARRI BILBAO, *La mística de Jesús*, capítulos 6, 7 y 10.

de manera que seamos *alter Christus*. Esto nos conduce a ser y a estar permanentemente subordinados ante el Padre.

El Hijo tuvo una intimidad especial con Dios, al que trataba con el nombre de *abbá* (papá, término que evidencia una familiaridad inusual y una intimidad singular con Dios, desde la cercanía, la ternura, la confianza y el amor). Él es el que tiene confianza y obediencia ante el Padre (se ve particularmente en las tentaciones). Esta confianza la vive especialmente en momentos de aparente victoria de sus enemigos, de desventaja, de fatiga, de angustia, de zozobra... Se sabe «hijo amado» (Mc 12,6). El mantenerse como hijo evitó que Jesús se inmiscuyera en expectativas triunfalistas, en falsas imágenes de Dios o en idolatrías. Es el hijo fiel, en medio de las tentaciones (Lc 4,1-13); esto le posibilita pasar exitosamente por la espesura de la historia, con las dificultades que conlleva.

Jesús, el Hijo, evita generar signos espectaculares que ahорren la fe (Mt 16,1). La de Jesús no es una lección de espectáculo, sino una lección de amor. Lo que ha hecho el Hijo —viviendo su filiación— ha sido santificar los lugares de aparente ausencia de Dios. Es el Hijo que, incluso, acepta el mesianismo de la cruz (Mt 16,23; 4,10). Es el Hijo, el nuevo Adán, el que vence a Satanás (Lc 10,18; 11,21ss.) y el que, siendo maestro, nos invita a sus discípulos a cargar con la cruz. Es el que valora los medios para alcanzar la plenitud, pero sabiendo que nunca han de suplantar a Dios (único que tiene poder verdadero), para que no nos deslicen hacia la idolatría.

Es el Hijo que anhela la comunión con el Padre, y que nos lleva a nosotros a lo mismo. La mística de Jesús, al tiempo que valora esto, es consciente de no buscar la fusión o el desdibujamiento de nuestra identidad personal. No desea identificar a Dios (Dios personal) con ninguna sustancia, o con una energía cósmica que derive en panteísmo. Es el Hijo que nombra a un Padre al que se puede nombrar, alejándose así del apofatismo radical. Y es que la mística de Jesús, como indica Gabino Uríbarri, no es la mística silente, que renuncia a la palabra, que se reduce a la adoración callada, que vacía la imaginación, que ve abominable cualquier imagen... El Dios al que se dirige Jesús es un Dios al que se habla desde la intimidad, y con lenguaje familiar. Jesús está en escucha permanente del Padre. Con su Padre, el Hijo (el Enviado) mantiene una estrecha complicidad. Esta complicidad la vive el Hijo desde las claves de la obediencia.

cia y la disponibilidad para discernir la voluntad de Dios en el aquí y en el ahora.

Es el Espíritu el que dinamiza el ser filial de Jesús; igualmente el Espíritu (don máximo del Resucitado) dinamizará nuestro ser filial. Y si nuestro ser filial está bien sintonizado con Jesús, entonces se desplegará en atender, acoger, perdonar, ser compasivo y ser responsable con el hermano. Todo ello vivido desde la bondad y la ternura del Hijo.

Mística de la oración

Jesús es un hombre de oración. Se dirige a Dios Padre, al Dios *Abbá*. Son varias las escenas de los evangelios en las que Jesús aparece orando. Busca lugares retirados (Lc 5,16). Se pasa la noche entera en oración (Lc 6,12). Ora en los momentos decisivos de su vida (entrega en el monte de los Olivos [Lc 22,41]; transfiguración [Lc 9,28-36]). La suya es oración de alteridad, de descentramiento, de brevedad y de apertura al más allá. Jesús es consciente de que Dios puede actuar e intervenir en la vida y en la historia (M. Schlosser). Hemos de confiar en Él²¹. Hemos de ir a lo esencial, por el bien de todos.

La oración del místico Jesús tiene registros amplios. Fue un orante que participaba de los distintos tipos de oración que se practicaban en el pueblo de Israel. Jesús practicó la acción de gracias (A. Vanhoye, *Jesús modelo de oración*), como se ve en Lc 10,21 y 22.17.19. También la de bendición o alabanza (Lc 9,16; Mc 14,22). También la de intercesión sacerdotal (Jn 17). Él, conocedor y orante con los salmos, insiste de modo especial en la conveniencia de la oración de petición (Lc 11,13; 18,1-8; 21,36; Mc 14,38)²². Dios nos ama, nos escucha, no es frío y no tiene una hoja de ruta «ineluctable».

Es en el Padrenuestro (Mt 6,9-14; Lc 11,2-4) donde hallamos lo mejor de la oración del Señor. Jesús enseña esta oración a sus discípulos (los hace partícipes de la intimidad de su oración). Esto evidencia que hay una continuidad entre la oración de Jesús y la de sus discípulos: indica Th. Söding que «el Padrenuestro pertenece al corazón de Jesús, pero no es una oración

21 También alude a esto ORÍGENES, *Sobre la oración*, par. 5 y 6.

22 Cf. GABINO URÍBARRI BILBAO, *La mística de Jesús*, p. 152.

exclusiva de Jesús»²³. En esta oración Jesús le muestra al Padre los anhelos de su corazón. Primero se dirige a Dios como Padre, desde su honda conciencia de Hijo. Un Padre que no sólo es suyo, sino también de todos sus hermanos (es «nuestro»). El Padre vive en el cielo, y por eso Jesús alza los ojos al cielo (Jn 17,1). Jesús desea que el nombre de Dios sea reconocido, santificado (mostrando su gloria y su poder). Pide al Padre que venga a nosotros el Reino de Dios; para ello es necesario que cumplamos en la tierra la voluntad de Dios, así como ésta se cumple en el cielo. Jesús pide al Padre el pan de cada día. Pide que perdone nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido. Pide que, ante el enemigo, no nos deje caer en la tentación. Y que nos libre del mal y del maligno (*ponēros*). Todo esto nos llevará a tener, como Jesús, unidad de vida y oración. En él está la referencia orante insuperable para los cristianos; de ahí la necesidad de orar siempre desde los «misterios de su vida».

Aquí se ve que Jesús centra su oración en Dios mismo. No pide para sí beneficios directos. La mística de Jesús es mística de deseos (en línea de lo que indica San Agustín en su carta 130, *ad Probam*). No quiere la aniquilación del deseo (propia del budismo), sino la sanación y la reconducción del mismo. Elude una complicada preparación previa. Jesús nos enseña a presentarnos ante Dios como somos, sin tapujos: como personas frágiles, necesitadas, vulnerables, con deseos y miedos. Ante Dios somos pobres. Al mismo tiempo que Jesús nos enseña a reconocer la presencia de Dios en todo (Rom 8,28) nos impele a no aplaudir —sin más— el *status quo*. Es preciso comprometerse activa y oracionalmente con la historia, manteniendo lo que está bien y cambiando con el auxilio de la gracia lo que exige ser modificado, por ir contra Dios y su Reino. Nuestra oración ha de ser como la de Jesús y ha de ser cristocéntrica, porque en Cristo hallamos más de lo que pedimos y deseamos²⁴. En Cristo, Dios se nos automanifiesta²⁵; nos sigue invitando a creer permanentemente para ver la gloria de Dios (Jn 11,40).

23 Citado en GABINO URÍBARRI BILBAO, *La mística de Jesús*, p. 149.

24 Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, 2 *Subida* 22.

25 Cf. JUAN MARTÍN VELASCO, *Orar para vivir*, Ed. PPC, Madrid 2008, p. 38.

Mística de la Pascua

La mística de Jesús es una mística con sabor pascual. Es la mística no rectilínea, que pasa por el dolor de la muerte para alcanzar el gozo definitivo de la resurrección. Morir para después resucitar es la ecuación básica que viven tanto el Señor como sus discípulos. La experiencia espiritual de los creyentes va reafirmando progresivamente aquello de que «convenía que el Mesías pasase por la muerte para entrar en su gloria» (Lc 24,26). Se fija la mirada en el Cordero pascual, que quita el pecado del mundo (Jn 1,29). Por Él, con Él y en Él se captan bien los cuatro aspectos definitorios de la vida de Jesús (H. Frankenmölle): *aspecto diaconal* (servidor), *aspecto sufriente* (oferente de la vida), *aspecto salvífico* (rescatador) y *aspecto universal* (favorecedor de muchos). La de Jesús es la mística del grano de trigo, que si cae en tierra y muere da fruto (cf. Jn 12,24).

Jesús es el místico que se toma en serio la mística, y que sabe que ésta no se reduce al plano intelectual. Afronta los conflictos que le llevan al dolor, al sufrimiento y a la cruz; no lo hace por capricho, sino por ser fiel y cumplir la voluntad del Padre. La pascua de Jesús es la prueba irrefutable que valida y rubrica la verdad de todos los dichos y hechos de Jesús. La mística de la pascua de Jesús nos persuade de la unidad de la muerte y la resurrección, que aparecen como la cara y la cruz de una misma moneda soteriológica. Es interesante captar que en el ecuador de la dinámica pascual, Jesús vive en primera persona la mística del abandono. Jesús se abandona, estirando al máximo la confianza que tiene en el Padre, al que dice: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» (Lc 23,46). Al final, Jesús muere con la esperanza confiada de saberse en las manos de Dios.

La Pascua de Jesús se condensa en la Cena del Señor: es aquí donde Él nos ofrece su Cuerpo, que se entrega por nosotros, y su sangre, que es de la alianza nueva y eterna. Aquí se dan la ofrenda, el don y la entrega total de Jesús (en favor de muchos [*pro multis*]), que nos obtienen a nosotros la salvación si vivimos desde su misma lógica oblativa. En la vivencia mística y pascual de Jesús, Él aparece como el único intercesor (*hilasmós*) por el cual Dios se muestra propicio, y el hombre aparece como agradable a Dios²⁶. La experiencia pascual de

26 Cf. Xavier LEÓN-DUFOUR, *Diccionario del NT*, Ed. Desclée, Bilbao 2002, p. 282.

Jesús, además, no encierra beneficios sólo para el propio Señor; posee un movimiento que redunda en bien de los demás (*hypér=por*). La pascua de Jesús nos enseña la lección de la solidaridad mejor, hasta la consumación. Vive todo el proceso pascual desde la piedad filial, y desea complacer en todo al Padre. Sabe que Dios no nos abandona nunca; nos enseña a aceptar lo que parece rompernos. La gran lección que nos da Jesús en su vivencia mística pascual es que «sin sacrificio no hay cristianismo» (F. Millán). Esto exige desposesión, vaciamiento y generosidad.

La cima de la mística pascual de Cristo se halla en que Dios lo resucita (Rom 10,9). Jesús se convierte en el viviente (E. Schillebeeckx) y en el vivificador. Su mística es la mística de la vida nueva, que nos «pneumatiza» con su Espíritu. Aquí está el triunfo de la mística de Jesús. Un triunfo pleno, irrestricto y total (G. Uríbarri). Aquí está la fuente de la alegría y el júbilo. Aquí está el signo de que su señorío es cósmico e invencible. Sólo se llega a la resurrección pasando por la entrega de la propia vida. Sólo se encuentra con el Resucitado quien acepta salir de sí mismo, pasar por la cruz de la entrega de sí mismo, y ser para los demás a través del servicio. En el encuentro con el que –en la Pascua– ha vencido a la muerte se halla la alegría expansiva, que es efecto de la donación de un bien que nos inunda, que nos lanza al anuncio, y que nos envía al testimonio de una manera irreprimible (Mt 28,8.19; Lc 24,9.33; Jn 20,18.21). Encontrar al que ha pasado de la muerte a la vida supone tener abiertos y limpios los ojos del alma, la inteligencia y el corazón. Es aquí donde uno se encuentra experiencialmente con la presencia callada, extraordinariamente eficaz y abarcante del Misterio²⁷.

8. EPÍLOGO

La mística de Jesús está perennemente vinculada al Padre y a la proclamación del Reino de Dios. Desea la salvación integral de todos los hombres. Es una mística poliédrica, que integra la profundidad de la interioridad con la altura de la oración; el realismo del crecimiento religioso gradual con la utopía de una vida permanentemente donada a los demás; el gozo de vi-

27 Cf. JUAN MARTÍN VELASCO, *Orar para vivir*, p. 265.

vir sapiencialmente con la exigencia de una altura ética, promotora del verdadero humanismo cristiano; la alegría de vivir una vida embellecida por la hermosura de la virtud, con la valentía de la extirpación de los vicios más nocivos.

La mística de Jesús es la mística de la raíz y el viento, que planta los pies en el realismo de la historia y se deja llevar con suma docilidad allá donde el Espíritu la lleve: es, de este modo, la mística de la roca y de las alas. Es la mística que despierta las conciencias, para que nos ayuden a reconocer que somos agraciados y privilegiados por tanto bien recibido. Es la mística que nos exhorta a conjugar el verbo recibir, pues el místico cristiano es el místico que recibe, que sabe que recibe y que agradece lo recibido. Y este dinamismo despierta en nosotros la esperanza, pues sabemos que seguiremos recibiendo aún mucho más, mucho más allá de nuestros méritos.

La mística de Jesús es, también, la mística que nos hace asumir las dificultades (muerte) y los gozos (resurrección); la mística que nos pide ir detrás de Jesús (seguimiento) para tener sus mismos sentimientos (imitación); la mística que nos transforma a nosotros (conversión) y a nuestro entorno (apostolado); la mística que nos une con Dios (unión) y que nos vincula intensamente a los hermanos (fraternidad). Estamos ante la mística del hacer (misión) y del dejar hacer (confianza), conscientes de que la Providencia lo orienta todo hacia el bien de los que aman a Dios (Rom 8,28). Ésta es la mística de la alternancia de los tiempos de silencio con los tiempos de encuentro. Es la mística que nos congrega en la Iglesia, nos alimenta en la eucaristía y nos consuela bajo el manto de María.

Y, después de todo lo reflexionado, es la hora de preguntarnos sinceramente... ¿No será que la mística de Jesús es una mística insuperable? ¿No estaremos ante la mística más sublime, la mejor de todas las místicas que este mundo ha conocido? Creemos que sí.

Manuel SÁNCHEZ TAPIA, OSA